

## RESEÑAS

FERNANDO LILLO REDONET, *Héroes de Grecia y Roma en la pantalla*, Madrid, Ediciones Evohé, 2010, 335 pp.

Sin lugar a dudas nos encontramos en un momento privilegiado en lo que atañe a estudios que ponen de relieve reiteradamente la importancia de la cultura clásica a través del cine. En estos últimos años, T&B Editores nos ha ofrecido dos estudios monográficos de muy cuidada presentación y documentación, *La antigua Roma en el cine* (2008), de Juan J. Alonso, Jorge Alonso y Enrique A. Mastache, y *La pantalla épica* (2009), una puesta al día de Rafael de España sobre su anterior libro *El Peplum. La Antigüedad en el cine* (1998). Lejos quedan los días en que el catedrático de Latín de la Universidad de Barcelona Pedro Luis Cano Alonso osaba presentar, allá por el año 1973, su arriesgada tesis doctoral sobre *la Influencia del Mundo Clásico en la historia de la cinematografía*, anticipándose a una línea de investigación que seguirían prestigiosas universidades norteamericanas y que actualmente se ha extendido por numerosos centros educativos de todo el mundo.

La aportación del Doctor D. Fernando Lillo Redonet en este campo es digna de elogio. Su capacidad de trabajo y su vocación didáctica, unidas a una clara pasión por la cultura clásica en todas sus manifestaciones y por el cine, quedaron patentes ya en sus primeros libros editados por Ediciones Clásicas. Nos referimos a *El cine de romanos y su aplicación didáctica* (1994) y *El cine de tema griego y su aplicación didáctica* (1997), que abrieron nuevos horizontes dentro de la Filología Clásica y orientaron con una metodología fresca y novedosa a todos aquellos docentes que se atrevían a usar películas en el aula pero con cierto reparo. A partir de ese momento, luchando contra las dificultades del mundo editorial y del academicismo estéril, que parecen empeñarse en ahogar cualquier planteamiento original, Fernando Lillo consiguió ir publicando, bien en forma de cuadernillos o recurriendo si era preciso a la maquetación en formato digital, diversos estudios y guías didácticas sobre las películas que a partir del éxito de *Gladiator*, en el año 2000, se fueron estrenando en la gran pantalla.

*Héroes de Grecia y Roma en la pantalla* es una obra de madurez, fruto de un intenso trabajo de documentación del autor y de muchas horas de proyección y estudio de películas

y series de televisión que abarcan épocas, géneros y nacionalidades muy diferentes. Cabe resaltar, además, el inmenso esfuerzo que supone la localización de muchas de estas producciones, puesto que algunas de ellas no se han *remasterizado* o se distribuyen sólo en ciertos países. Fernando Lillo, recurriendo a su versatilidad como estupendo narrador, ha tenido el acierto de enfocar su análisis cinematográfico desde distintas perspectivas, y, en este sentido, no sólo resalta aspectos relativos a la interpretación de los actores, a la dirección o al trabajo de recreación de vestuario y decorados, sino que se detiene en las líneas que los guionistas presentan al inicio de la película, tras los títulos de crédito. Esos textos, muchos de ellos de sorprendente belleza, le sirven de punto de partida para abordar los distintos mitos y la época histórica en la que se llevaron a la pantalla. En alguna ocasión, incluso, reproduce parcialmente diálogos extraídos de un film al tiempo que sintetiza magistralmente los argumentos y describe con detalle las escenas que considera más interesantes, todo ello de un modo elegante y a la vez sencillo, con algunas notas de fino humor que hace todavía más agradable la lectura de los diferentes capítulos. Es loable, del mismo modo, el abundante repertorio de notas bibliográficas que nos remiten constantemente tanto a las fuentes clásicas originales como a las publicaciones más recientes sobre el mundo antiguo a través del cine, especialmente los dos libros de Rafael de España antes citados, junto con el volumen *Hellas on Screen. Cinematic Receptions of Ancient History, Literature and Myth* (Stuttgart 2008), en el que participó el propio Fernando Lillo, y *Guida al cinema "peplum"* (Roma 2009) de Óscar Lapeña Marchena.

El contenido del libro viene perfectamente desglosado en las páginas introductorias del volumen (pp. 7-8) en las que el autor invita al lector a dejarse llevar siguiendo el recorrido que él ha diseñado previamente. Así, la materia de estudio de esta monografía se nos presenta repartida en dos secciones, una dedicada a los héroes de Grecia y, a continuación, otra algo más breve sobre los de Roma. Cada uno de estos apartados están estructurados en diferentes capítulos que van precedidos por unas bellas ilustraciones de Sandra Delgado que recrean famosos programas de mano y carátulas de películas antiguas y modernas, desde el *Ulisse* encarnado por el inolvidable Kirk Douglas (que además se reproduce a todo color en la portada del libro) hasta *Gladiator* de Ridley Scott.

El viaje por la mitología grecolatina a través de la gran y pequeña pantalla comienza con un capítulo dedicado a los héroes de la épica griega (pp. 11-70) en el que se subrayan las figuras de Aquiles, Héctor, Ulises y Eneas en cintas que abarcan desde el cine mudo italiano hasta *Troy* (2004) de Petersen, una superproducción atractiva por sus reconstrucciones digitales pero completamente infiel a los poemas homéricos. Sin embargo, el autor no para en desglosar minuciosamente este tipo de películas más modernas, así como otras tradicionalmente minusvaloradas y tachadas despectivamente bajo la denominación de *peplum*. De todas ellas se puede aprender algo, ya que cada una a su manera es una nueva recreación del mito clásico, independientemente de su calidad artística. Esta motivación didáctica será una constante a lo largo de todo el libro. Destacamos en estas páginas el tratamiento exhaustivo del personaje de Ulises sobre la versión cinematográfica de Mario Camerini (1954) y las televisivas de Franco Rossi (1969) y Andrei Konchalovsky (1997).

Un segundo capítulo (pp. 71-136) se ocupa de los héroes griegos viajeros Perseo, Heracles, Jasón y Teseo. Siguiendo los planteamientos del ya clásico *La semilla inmortal* (1997) de Balló y Pérez (citado por el propio autor) se nos narran las historias que los mitógrafos y los autores literarios antiguos nos han transmitido para luego hacer un recorrido por los distintos rostros cinematográficos de estos populares semidioses. En este apartado

hay ejemplos de *peplum* protagonizados por el culturista norteamericano Steve Reeves, alguna que otra joya del cine de aventuras como *Jason and the Argonauts* (1963) de Don Chaffey y *remakes* como la última versión de *Clash of the Titans* (2010) de Louis Leterrier, que, en nuestra opinión, merecería quizá una crítica algo más dura, puesto que desnaturaliza el mito rayando en el mal gusto y la vulgaridad. Un ejemplo más de que a pesar de los innegables avances tecnológicos un buen film se construye básicamente sobre una historia bien escrita y si ésta falla todo se desmorona.

En el tercer y último apartado dedicado al mundo helénico (pp. 137-187), Fernando Lillo ha querido incluir a aquellos personajes históricos que han traspasado los límites de la realidad para convertirse en legendarios. De Filípides, Leónidas y sus trescientos espartanos, los fieles amigos Damón y Pitias y el gran Alejandro de Macedonia se destacan sus rasgos más humanos y unas virtudes que todavía hoy pueden servir de modelo para las nuevas generaciones. Nos parece de una gran calidad el análisis comparativo que aquí nos ofrece sobre las adaptaciones antiguas y modernas *The 300 Spartans* (1962) y *300* (2006), por un lado, y *Alexander the Great* (1956) y *Alexander* (2004), por el otro, ya que demuestran el profundo conocimiento del autor sobre la materia.

La segunda sección dedicada a los héroes de Roma se divide, a su vez, en dos capítulos. El primero de ellos (pp. 189-227) hace un repaso de los héroes legendarios más representativos comenzando con Rómulo y Remo y terminando por Máximo, el personaje de ficción creado para *Gladiator*, a propósito del cual nuevamente el autor vuelve a demostrar su dilatada documentación y un dominio absoluto en las descripciones de algunas escenas y en la narración de la trama. Entre ellos discurren los relatos sobre los Horacios y los Curriacos y sobre Mucio Escévola y Coriolano, destacando una serie de películas menores que resultan probablemente desconocidas para el espectador actual. En este punto cabe lamentar algunos errores tipográficos que se han deslizado en la maquetación y especialmente los del índice inicial, que hacen que desde la página 145 los epígrafes no se correspondan con el número asignado, lo cual dificulta la localización de cada personaje, además de faltar la referencia concreta a la bibliografía.

La idea de introducir, como último capítulo (pp. 229-324), una sección dedicada a los enemigos de Roma resulta muy original, y la selección de éstos muy acertada. Por estas páginas el viaje nos conduce hasta los límites del Imperio Romano y a personajes tan dispares como nuestro Corocota, el galo Vercingétorix o los famosos Aníbal y Atila, el azote de Dios, con el que el libro toca a su fin dejando en el lector un buen sabor de boca. El apartado en el que se analizan los diferentes Espartacos cinematográficos y el estudio sobre la serie televisiva *Masada* (1981) son inmejorables y vienen a completar esta visión caleidoscópica sobre la evolución de los temas clásicos a lo largo de la historia del cine.

*Héroes de Grecia y Roma en la pantalla* finaliza con una completa bibliografía (pp. 325-329) y con dos índices onomásticos (pp. 331-335) que incluyen todas las películas y las series de televisión que se han expuesto en las páginas precedentes.

Con este libro Fernando Lillo vuelve a hacer accesible la cultura a todos los estratos sociales. Su planteamiento, atractivo y original desde el comienzo hasta el final, hace que la lectura se convierta en un apasionante viaje del que -como él dice- todo lector termina siendo algo más sabio. La delicadeza y la pasión con la que el timonel nos conduce a lo largo de esta travesía hace que nos resulte fácil sumergirnos en cada uno de los relatos y que lleguemos incluso a emocionarnos. No es verdad que exista un Ulises literario y un Ulises

cinematográfico, existe también un Ulises, un Jasón, un Leónidas, un Alejandro Magno y un Espartaco que son los que Fernando Lillo nos cuenta, en los que se funden, como en un abrazo, la tradición milenaria de nuestros clásicos y los iconos cinematográficos más actuales.

ALEJANDRO VALVERDE GARCÍA

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, *Sófocles. Erotismo, soledad, tradición*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2011. 240 pp.

El Profesor de Filología Griega, desde hace un tiempo Catedrático en la Universidad Complutense, Marcos Martínez Hernández (en adelante M. H.), de grato recuerdo para mí, ha logrado, al fin, ver publicada en forma de monografía una selección de los múltiples estudios que a lo largo de su ya dilatada carrera investigadora ha dedicado a la figura y la obra del más universal de los tragediógrafos griegos, tema por el que no oculta su apasionamiento. En concreto, el presente libro recoge la serie de sus trabajos previamente publicados, en diversos medios, durante la última década (años 2000-2010).

Tras un breve “Prólogo” (pp. 9-13), en el que explica la singular estructura y el carácter recopilatorio de este libro, sigue, “A modo de introducción” (pp. 15-32), una noticia titulada “El XXV centenario de Sófocles”, previamente publicada como comunicación en las *Actas del XI Congreso Español de Estudios Clásicos* (Madrid 2005) 141-151. En ella ensalza la figura del dramaturgo objeto de dicha efeméride no sólo como un autor excepcional en la historia de la literatura griega, sino como hombre de especial relevancia en un momento histórico tan señalado como el que le tocó vivir, sin desatender la fortuna y el significado de sus obras en la literatura occidental, y en concreto en las letras hispánicas.

Acto seguido se abre el primer apartado que da título al libro: “Erotismo” (pp. 33-116). Se trata de una amplia sección que, a su vez, se divide en tres partes. La primera de ellas, “Σοφοκλῆς ἐρωτικός (I): aspectos eróticos en la vida de Sófocles” (pp. 35-46), publicada con anterioridad en A. Garzya (ed.), *Idee e forme nel teatro greco. Ideas y Formas en el teatro griego* (Nápoles 2000) 321-332, de corte más biográfico, como su epígrafe indica, ofrece de entrada unas notas sobre la literatura erótica griega en general y en concreto sobre el erotismo en el teatro, y se ocupa después del rastreo de toda la información que nos ha legado la tradición antigua en relación con la actitud de nuestro poeta ante la realidad amorosa, una serie de noticias bastante numerosas que, a pesar de la propensión a la chanza y a la invención que se presupone en este tipo de detalles biográficos, no parecen desmentir del todo el verdadero carácter del autor, patriota y amante de la vida y los placeres como pocos. La segunda parte de este primer bloque, titulada “Σοφοκλῆς ἐρωτικός (II): fragmentos” (pp. 47-70) y anteriormente presentada como contribución al congreso internacional celebrado con motivo del XXV centenario del nacimiento del poeta (A. Pérez Jiménez *et alii* [eds.], *Sófocles el hombre. Sófocles el poeta* [Málaga 2004] 121-141), está consagrada al estudio del erotismo ya en la propia obra sofoclea, en concreto en su obra fragmentaria. En ella se pasa revista a todos los pasajes de contenido amoroso pertenecientes a sus tragedias conservadas indirectamente, que clasifica en cuatro grupos: los referidos a los dioses del amor, a los distintos motivos o temas eróticos, a los diversos aspectos relacionados con la mujer y al vocabulario erótico, del que ofrece un completo índice, a lo cual se añaden unas

conclusiones. Por último, esta primera sección del libro se cierra con una tercera parte, que, siguiendo la secuencia de las dos anteriores, lleva por título “Σοφοκλής ἐρωτικός (y III): obras” (pp. 71-116), incluida ya en L. M. Pino Campos *et alii* (eds.), *Congreso Canariense sobre el teatro de Sófocles. Desde la antigüedad hasta nuestros días. Obra, pensamiento e influencia* (Madrid 2007) 111-139. En ella se rastrean y se reproducen todos los pasajes de contenido amoroso ofrecidos por sus siete tragedias conservadas, un amplio elenco que permite a M. H. concluir que “no puede decirse... que el erotismo en Sófocles sea escaso e insignificante” (p. 116).

Algo más breve es el segundo de los bloques del contenido de este libro recopilatorio: “Soledad” (pp. 117-160). Personalmente es la unidad que más me ha seducido: si la primera acusaba un marcado tono compilatorio y acumulativo, con abundante provisión de datos (lo cual no se dice, ni mucho menos, en tono peyorativo), ésta, sin renunciar a ello, es, quizás, más rica en análisis y reflexiones propios. El tema de la soledad, tan interesante, se sirve como paradigma de la figura de Filoctetes, el héroe abatido, el héroe abandonado y fracasado por excelencia. M. H. demuestra cómo Sófocles explota esta figura legendaria para sacar a escena temas tan universales como el abandono, la traición, la desesperación, la necesidad imperiosa de relacionarse que experimenta todo ser humano. Este segundo bloque temático incluye dos estudios sobre Filoctetes. El primero, “El mito de Filoctetes en el teatro griego clásico” (pp. 119-142), incluido con anterioridad en J. Peláez - L. Roig (eds.), *Sófocles hoy. Veinticinco siglos de Tragedia* (Córdoba 2006) 63-85, ofrece un amplio esbozo de esta figura mitológica, para pasar después a resumir su tratamiento como materia literaria y entrar de lleno en el tema central: el papel desempeñado por el héroe en el teatro clásico, donde se da la curiosa circunstancia de haber llamado la atención, entre otros dramaturgos, de los tres grandes, autores de sendas obras consagradas al mismo, a pesar de que hoy sólo podemos leer la de Sófocles. Se comentan pormenorizadamente estos tres *Filoctetes* y se insiste en sus respectivas peculiaridades, en especial las de la obra sofoclea, concluyendo el estudio con una breve ojeada a la tradición de ésta tanto en la antigüedad como en las letras modernas, de forma especial en las hispánicas. El siguiente estudio sobre el héroe herido y abandonado en Lemnos, con el que se cierra este segundo bloque temático, lleva por título “¿Filoctetes precursor de Robinsón? El motivo de la isla desierta en Sófocles” (pp. 143-160), previamente aparecido en I. García - S. Talavera (eds.), *Charisterion Francisco Martín García oblatum* (Cuenca 2004) 289-307. En él aborda M. H. un tema recurrente ya en su larga carrera como filólogo clásico: el de la insularidad como materia literaria. Aquí vuelve el autor a ofrecernos, aunque ahora de forma más escueta, los pormenores del mito de Filoctetes y su tratamiento en la literatura, especialmente en el drama, para pasar definitivamente a una comparación tipológica entre el *Filoctetes* de Sófocles y la popular novela de Defoe, comparación que le permite concluir que la obra de nuestro tragediógrafo, con todas las motivaciones que ofrece (insólito carácter desierto de la isla de Lemnos, soledad, salvajismo, vida en un hábitat natural, etc.), puede considerarse el punto de partida de lo que posteriormente se conoce como género de la “robinsoniada”.

El último bloque temático que integra el contenido del libro que comentamos se titula “Tradicición” (pp. 161-202). En realidad incluye un solo estudio que lleva por nombre “Sófocles en Plutarco” y que M. H. había publicado previamente hasta en dos ocasiones: en M. Juffresa *et alii* (eds.), *Plutarco a la seva època: paideia i societat* (Barcelona 2005) 85-100, y en A. Bernabé - I. Rodríguez Alfageme (eds.), *Philou skiá. Studia philologiae in honorem Rosae Aguilar ab amicis et sodalibus dicata* (Madrid 2007) 165-173. En él, tras una reflexión inicial sobre las citas literarias y una tipología de las mismas, pasa el autor al rastreo de cuan-

tas alusiones hace Plutarco a nuestro tragediógrafo en un sentido amplio, sin limitarse a las alusiones a pasajes de su producción dramática, es decir, con inclusión, además, de noticias de orden biográfico, noticias todas ellas que clasifica en cuatro categorías: testimonios sobre la vida y obra del poeta, citas de las siete tragedias conservadas, citas de las obras perdidas y, por último, citas de las obras inciertas. El cúmulo de material ofrecido es muy valioso y completo, sin escatimar esfuerzos a la hora de reproducir los pasajes afectados. La conclusión final a la que se llega es que Plutarco conoció con bastante precisión la obra sofoclea y que la información que éste nos brinda resulta de capital importancia para el conocimiento preciso de la figura de nuestro poeta y para comprender la evolución de su producción dramática.

Fuera de título, M. H. añade un apartado de *Varia* (pp. 203-224), donde, como reza el epígrafe, se incluyen cuatro apéndices de muy diversa índole. El primero es una breve nota de prensa, “2.500 años de Sófocles” (pp. 205-207), publicada en su momento en el diario tinerfeño *La Opinión* (3 de enero de 2004) con motivo de la aparición, póstumamente, de la obra recopilatoria de J. S. Lasso de la Vega, *Sófocles* (Madrid 2003). A continuación viene una segunda nota de prensa, “Sófocles en La Laguna” (pp. 208-209), publicada ahora en *El País* del día 18 de diciembre de 2003, donde se da noticia de la reciente celebración en dicha universidad isleña del *Congreso canariense sobre el teatro de Sófocles*. Y siguen dos reseñas. La primera, “Un libro esencial sobre Sófocles” (pp. 210-220), aparecida con anterioridad en *CFC (Estudios griegos e indoeuropeos)* 20 (2010) 295-301, supone un buen comentario del amplio libro (906 pp.) de J. Jouanna, *Sophocle* (París 2007). La última pasa revista al libro de L. Gil Fernández *Sófocles. Electra* (Madrid 2010) (201 pp.). Esta reseña constituye el único capítulo inédito aún de todos cuantos ofrece nuestro libro. Concluye éste con las “Referencias bibliográficas” (pp. 225-239).

Una obra de las características de la que comentamos ofrece todos los méritos y los deméritos que se esperan en ella. De entrada, facilita a cualquier lector interesado en el tema la consulta de una bibliografía importante –los estudios sobre la personalidad y la producción de Sófocles llevados a cabo durante la última década por uno de los más destacados especialistas a nivel nacional como es el Profesor M. H., que da sobradas muestras de su puesta al día y de su plena autoridad en la materia y no oculta su pasión por ella–, pero cuya dispersión original podría ser un obstáculo para el cómodo acceso a la misma. Igualmente, la lectura continuada de todo este material redundará en la valoración de los méritos de su autor como experto en cuestiones sofocleas. Sólo de este modo se aprecia en su justo término la oportunidad y valía de muchas de sus conclusiones, bastante originales en más de un caso: ideas como la verdadera dimensión del elemento erótico en la vida y la producción del poeta de Colono, frente a una tesis tradicional que relegaba este aspecto a un segundo plano, o la puesta en valor del papel de Plutarco como pieza esencial para su posterior conocimiento, o la importancia del *Filoctetes* como pieza clave en los estudios sofocleos de los últimos tiempos, o la notoriedad de la huella de Sófocles en la tradición antigua y moderna, son ideas que calan hondo en la consciencia del lector una vez concluida la lectura seguida los estudios aquí reunidos.

Pero, como es lógico, un libro de este tipo se expone igualmente a riesgos inevitables. Quiero decir que la reunión de los estudios que en él se ofrecen acentúa en ellos una serie de deméritos que, considerados de forma original, individual, o no existían o, como mínimo, resultaban menos evidentes. Por ejemplo, el principal escollo a salvar en estos casos es el elevado riesgo de repeticiones, algo difícilmente evitable. Así, a lo largo de la obra se detectan párrafos repetidos en más de una ocasión (reseña bibliográfica de las pp. 27, 169-170 y 210, entre otros casos) y algo peor aún, repeticiones casi literales de amplios pasajes al

completo (como ocurre con los comienzos de los dos estudios de la sección “Soledad”: pp. 119-125 y 143-146, y todo el primer capítulo de “Varia”, cuyas ideas han sido expuestas ya antes más de una vez). Aparte de las repeticiones, este peculiar formato revierte en la inoportunidad de algunos hechos, como las continuas alabanzas a sus maestros L. Gil y, especialmente, J. S. Lasso de la Vega, que, aunque totalmente merecidas, al reiterarse quizás más de lo debido (cf. pp. 13 y 207), se vuelven injustificadas. Por otro lado, la inclusión de algunos estudios resulta, en mi opinión, algo forzada: así creo que ocurre con aquellos que han aparecido anteriormente en más de una ocasión y, sobre todo, con el conjunto de los integrantes de la sección “Varia”, por cuya naturaleza estimo indebida su inserción en una monografía. Estimo igualmente desaciertos la reproducción de los pasajes citados sólo en traducción castellana, máxime cuando en la mayoría de los casos se trata de traducciones ajenas, y cierta tendencia a limitarse al acopio de datos (frecuentemente datos ya recopilados por críticos anteriores) en detrimento de un mayor grado de análisis, a veces escaso.

Pero aparte de lo dicho (en muchos casos defectos ajenos a la voluntad del autor), choca tener que advertir de ciertos despistes fácilmente subsanables con una simple revisión final. Así, hay casos en los que la redacción se revela poco cuidada e incluso excesivamente coloquial. Me refiero a los siguientes: “que cómo” por “cómo” (p. 45), “hay alma” por “hay en el alma” (p. 50), “lo ponemos con minúscula” (p. 52), “que quien lo engendró no lo engendró ni él ni aquél” (p. 91), “pidiéndonos... que dónde se encontraba la esposa” (p. 92), “de las palabras de Deyanira.... significa que...” (p. 110), “necesidad de poner que Atenea...” (p. 130), “fama de Esquilo en componer” (p. 175), “otro grupo de referencias se refiere a...” (pp. 189-190), “hablando de que en las preguntas de los venimos se acostumbra...” (p. 200), “nunca sin conocer el fracaso total” (p. 213), “es esto que se debe tener presente” (p. 222). Además se detectan duplicaciones de líneas completas (p. 94), indeseables reiteraciones (“perteneiente” tres veces en p. 66), y otros defectos menos perdonables en el dominio filológico: así la desaconsejable opción de transcribir, y no reproducir tal cual, la enorme cantidad de términos griegos, lo que le lleva a cometer innumerables errores, con dudas en el uso de la cursiva y de los acentos (cf. pp. 55, 59, 79, 90, 92-93, 152, 156, 163, 182, 184, 189, 215-216), y, además, la clara irregularidad en el uso de criterios metodológicos: “*Perile*,” (p. 43), pluralidad en las citas de Ateneo (“15, 668 b” [p. 51], “11, 487d” [p. 55]), “363, I” (p. 53), “III, 11, 53” (p. 56), “1026” (p. 57), “II. XXIC, 257” (p. 57), “*Frag. 546*” (p. 60 [“151” p. 62, “209” p. 193]), frente a “*Frag. 679*” (p. 61), “p.” por “pp.” (p. 93), “*Iliada*” (pp. 124, 137) frente a “*Iliada*” (p. 141), “*Suda*” frente a “*Suda*” (p. 125), “*Flor*,” (p. 125), “idem” por “*idem*” (p. 167), “M. R. Aguilar” (cuatro veces en p. 168) frente a “R. M. Aguilar” (p. 173), pluralidad en las citas de Plutarco (“*Mor.* 1103 a” [pp. 171, 174], “*Mor.* 348d” [p. 178], “*Mor.* 301D” [p. 181], “*Mor.* 741A” [p. 181], “*Mor.* 813 E” [p. 182]), “a. C.” (p. 205), “d. C.” (p. 205), aparte de que muchas citas bibliográficas abreviadas no se recogen luego en la lista final (cf. pp. 27, 169-170 y 210).

Y aún hay más. Aparte de estos despistes imputables al autor, se suman otras deficiencias de maquetación en las que, supongo, tiene mucho que decir la editorial (Ediciones Clásicas), que precisamente no suele destacar por su pulcritud. No se explica que los textos reproducidos a veces se ofrezcan en párrafos propios y con menor caja tipográfica y en otras se inserten en el cuerpo narrativo y se destaquen simplemente entre comillas. Hay casos (p. 201) en los que el texto aparece, sin justificación, en letra reducida, abundan los erróneos cortes de línea (pp. 41, 44, 75, 87, 129, 172-173, 191, 216), las palabras sin separación (pp. 39, 41, 52, 71, 99, 110, 137, 168, 183, 190-196, 200), las líneas sin justificar en el margen derecho (cf. las nn. de las pp. 143, 167, 171, 205), en ocasiones la cursiva es

indebida (p. 153), junto a otros errores como “2003 ,” (p. 12), “d e” (p. 72) o “*amor-ojos*” (p. 101), al lado de algún otro todavía más flagrante por afectar, nada menos, al encabezado de las páginas pares: “Marc0s” (pp. 18-70) y “Söfocles” (¡en toda la obra!). Y, cómo no, a ello se suma la larga lista de erratas. Leemos “electa” por “selecta” (p. 35), “jugo” por “yugo” (p. 54), “garcía” (p. 63), “. es” (p. 89), “mucos” por “muchos” (p. 91), “deba” por “debe” (p. 119), “de- negado” (p. 123), “Diomedes que” por “Diomedes, que” (p. 131), “el final” por “al final” (p. 136), “Antifanes” (p. 138), “Robinson” (p. 143), “de Esciros” por “la Esciros” (p. 147), “Filocotetes el” por “Filocotetes es el” (p. 158), “Tomás Mora” por “Tomás Moro” (p. 169), “escoliarta” (p. 181), “mi” por “mí” (p. 186), “todo los” por “todos los” (p. 198), “domonios” ¿por “dominios”? (p. 201), “triadas” (p. 217), “Indice” (p. 219). Mal se justifica ante tal cúmulo de despropósitos el calificativo de “mejor editorial española específicamente dedicada al mundo clásico” que la casa merece al autor.

Es cierto que los yerros a que he aludido son numerosos, demasiado numerosos para una obra que sale de las manos de un afamado y diligente filólogo, diría yo. Pero al fijarme en ellos no pretendo, por supuesto, desmerecer lo más mínimo el valor de un libro que, sin duda, viene a sumarse a esa ya larga lista de obras españolas que en las últimas décadas tienen por objeto el ennoblecimiento del más grande de los trágicos, del más clásico, del más universal.

FRANCISCO J. GONZÁLEZ PONCE

ANDREAROTSTEIN, *The idea of Iambos*, Oxford, University Press, 2010, XVII + 388 pp.

Se trata de un extenso y muy denso estudio, nacido en parte de la Tesis Doctoral de la autora (R. en adelante), sobre un género no fácil de definir por sus límites imprecisos y por la existencia de un corpus variopinto. Y tal es precisamente el punto de partida de este libro, que resalta ya en su “Preface” las dificultades de la tarea emprendida. Estamos ante un concepto muy vago, el de la poesía yámbica, y con múltiples aplicaciones literarias, no limitadas ni mucho menos a la finalidad de la invectiva, siempre asociada al género. De ahí el interés de esta indagación, más historiográfica que histórica, según la propia R. (p. VII), en la que, aparte de la ampliación de la materia tratada, hay también divergencias respecto a algunos principios establecidos en la precedente Tesis (cf. p. 15).

Entre las nociones que nos permiten la aproximación al concepto de un género están la “family resemblance”, es decir, un aire de familia compartido o de afinidades entre las piezas del corpus correspondiente, y una noción prototípica que aporta el o los modelos como núcleo de referencia: en este caso la obra de Arquíloco, tal como se analiza luego en el capítulo 10, con la invectiva como principal criterio semántico, lo que significa simplemente la reiteración del pensamiento antiguo sobre el tema. No podemos detenernos en otros referentes, de rango complementario y que también le sirven a la autora para la delimitación del género que nos ocupa. Pero algunos de estos conceptos, que se nos presentan en un sistema novedoso, integrado en una poética tildada de cognitiva, no lo son en realidad, y de ello es prueba ya el mencionado criterio prototípico, por no hablar del muy concreto y formal del ritmo empleado, tan relevante en la clasificación de los géneros en la Grecia antigua. Igualmente ocurre con la oralidad, una perspectiva demostrada hace tiempo como esencial en cuanto nos remontamos en el tiempo. O con el contexto situacional, que

en el caso del yambo ha sido objeto de diversas propuestas: por ejemplo, un origen ritual, defendido ya por H. Fluck y más tarde por M. L. West, de donde la hipotética ejecución en festivales (West), o su uso en el *komos* (B. Gentili) o en el simposio, según ya adelantara W. Rösler y después recogieran M. Vetta, K. Bartol y otros; pero, por razones obvias, por tratarse de circunstancias variables y abiertas, éste no puede ser un rasgo específico del género, aunque sí pueda contribuir a delimitarlo y sobre todo, añadamos, con relación con otros géneros poéticos. Un tema sobre el que vuelve R. más tarde (pp. 165 s.) y, todavía más prolijamente, en los capítulos 8 y 9. Lo que nos lleva a hacer aquí la observación de que, desde el punto de vista metodológico, tal vez hubiese sido preferible que un tema como éste (y no es el único) no se tratase en diversos lugares sino más unitariamente. Y digamos también que una razón evidente para estas diversas posibilidades de aplicación es la propia flexibilidad del yambo, adaptable a diferentes géneros, e incluso en su aceptación de tan diferentes formas de ejecución como el canto y el simple recitado. Por lo que no es casual que Arquíloco tuviese una alta reputación como músico (cf. pp. 230 ss.) y que incluso se le atribuyese la invención de la *παρακαταλογία*.

El primer capítulo despliega las bases teóricas del estudio. El que éstas sean formuladas como una perspectiva cognitiva no debe tomarse, según hemos apuntado ya, como una novedad radical: como en tantas otras ocasiones la terminología sólo encubre un planteamiento en el que, inevitablemente, se tienen en cuenta los viejos problemas y, sobre todo en este caso particular, la asunción de cuantos elementos puedan valer para la caracterización del género. En cuanto al corpus, nos encontramos con una cuestión, tratada aquí por extenso en el capítulo 2, para nosotros el verdadero centro del libro, y en la que el debate ha sido y seguirá siendo inagotable. Baste comparar las posiciones divergentes de West y de Degani. Nuestro conocimientos sobre este tema están sujetos al inevitable “filtro helénico” con su fuerte inclinación canónica (cf. p. 33). R. encuentra una vía informativa en el análisis de un detallado catálogo de “yambógrafos” (pp. 34-52) acorde con las noticias antiguas (el calificado como “received iambs”) y que conduce a la aceptación de un corpus abierto en el que, por una escala de grados (representada en gráficos), tenemos un núcleo de autores canónicos (restringido a Arquíloco, Hiponacte y Semónides) y una periferia en la que los diversos poetas se organizan por capas cada vez más distantes del núcleo. Y esto en función de las variadas formas de participación en ámbitos conceptuales como *psogos*, *loidoría*, *kakegoría*... Un caso particular es el de Safo (pp. 35 ss.), a su vez distinto del de Anacreonte (pp. 39 s.) o del de Susarion (pp. 43 s.). En cuanto a los restantes capítulos, examinan aspectos parciales, deberíamos decir complementarios, y siempre interesantes, como el tratamiento del tema en la obra aristotélica (3) o las teorías antiguas sobre el yambo (4), con inclusión del debate sobre la etimología del término. Otro que nos gustaría destacar porque por sí solo constituiría un excelente artículo es el estudio del fr. 215 W de Arquíloco en unas páginas (cap. 5) de las que casi cabe afirmar que prácticamente agotan el tema, si bien de un modo previsiblemente inevitable sólo podían conducir a la autora a una conclusión ecléctica respecto a las ya citadas supuestas ocasiones en las que se ejecutaba el yambo arcaico. Pero ¿cabría ir más allá, inclinándose por una actitud más resuelta? Nuestra creencia es que no, a menos que prefiramos dejar de lado algunos ingredientes que, también inevitablemente, forman parte del problema. En cuanto al capítulo 6, supone una nueva discusión del posible origen ritual del yambo, deducido por algunos de la aparición en el mito de las figuras y actos, relativamente paralelos, de Yambe y de Baubo, pero sin que, como era de esperar, se llegue a una conclusión novedosa, a no ser que veamos como tal el papel que pudo originariamente asignarse al género, en contextos burlescos y de posible

αἰσχρολογία, como consecuencia de un “therapeutic effect of mitigating pain and sorrow” (182), acorde con el sentido ya extraído del mencionado fr. 215 W. de Arquiloco. En algún caso, entre estos análisis particulares y de acuerdo con nuestra observación ya adelantada, hallamos cierta redundancia: así, en las páginas consagradas al yambo como término rítmico (183-188), cuya justificación sólo puede encontrarse en la pretendida exhaustividad de esta monografía, y en las que se alcanza la bien sabida conclusión de que tal acepción consta ya en el léxico musical del siglo V y posiblemente formaba parte de él a fines del VI. En cuanto al yambo como término que designa el género, es decir, como tecnicismo literario, sí merece el detenido examen que se le aplica y en el que queremos destacar su inicio, en el que se trata de hallar luz en la manifiesta ambigüedad de un texto herodoteo (1.12.5-8), una ambigüedad que ciertamente permite esta interpretación (pp. 188-201). R. concluye muy razonablemente que “the ambiguity may be solved by taking *iambos* as a generic term that nevertheless has rhythmical connotations” (p. 201, cf. p. 222), es decir, las dos caras de la moneda representada por este concepto e indisolublemente unidas.

La bibliografía (pp. 353-379) es muy nutrida. Echamos en falta, sin embargo, algún título como el de C. Miralles, *Studies on Elegy and Iambus* (Amsterdam 2004), una recopilación muy completa de los estudios dedicados por el profesor Miralles a estos dos géneros, quince en total sobre el yámbico y entre los que se incluye el que sí se menciona (“La tradizione giambica”, *QS* 29 [1989] 111-132, pp. 91-105 en la recopilación citada). También observamos un descuido: en p. 34 n. 31 se cita una traducción española como Torre (2002) (inexistente en la bibliografía), una mención que debe corresponder a la traducción de E. Suárez de la Torre, *Yambógrafos griegos* (Madrid, Gredos, 2002).

Se incluyen un útil *Index locorum* y un “General Index” que recoge tanto conceptos como nombres de autores antiguos, etc. El que ciertos términos griegos (*aischrologia*, *komos*, *psogos*, etc.) se den ahí, como con frecuencia en el propio cuerpo del estudio, en transcripción facilita la consulta de quienes, interesados en los aspectos literarios, la retórica, etc., no tengan conocimientos del griego antiguo.

Podemos concluir, por nuestra parte, que este libro por su minuciosidad y la muy variada forma en que ataca todos los problemas que atañen al yambo como género será una obligada referencia para cualquier estudioso que en el futuro toque esos mismos temas. Y éste, creemos, es el mejor elogio que se puede hacer de una monografía tan concienzudamente elaborada como ésta.

MÁXIMO BRISO SÁNCHEZ

ANA VICENTE SÁNCHEZ, *Mal de amores en las Cartas eróticas de Filóstrato: teoría retórica y teoría epistolar*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2001, 164 pp. [*Monografías de Filología Griega* 20].

En su carrera decidida por consolidarse como una de las colecciones de referencia para los estudiosos del helenismo, las *Monografías de Filología Griega* nos sorprenden con un nuevo comentario literario, una de las formas del quehacer filológico más necesarias y demandadas y de cuya falta, sin embargo, adolece el panorama editorial especializado en nuestro país. Si además el comentario es sobre uno de los autores de la época tardía de las letras griegas, las felicitaciones deben ser dobles.

Las *Cartas eróticas* de Filóstrato no son una obra fácil. De entrada hay que enfrentarse con la dificultad manifiesta que constituye la propia *constitutio* textual, hasta el punto de que se viene demandando desde hace más de un siglo una edición crítica moderna y no hay quien esté dispuesto a asumir esta delicada empresa. Y en segundo lugar está el problema de que, al estar compuestas en una prosa que coquetea sinuosamente con el registro poético, hay que sumar a las diferentes propuestas para la fijación lingüística la dificultad de desvelar las claves compositivas que interrelacionan los recursos literarios de la prosa de arte y los de la poesía imperial. Pues bien, pese a todo ello, la profesora Ana Vicente, que con el paso de los años se viene confirmando como una investigadora experta en el género epistolar y en la lengua empleada por estos autores, ofrece un comentario de una parte del corpus epistolar de Filóstrato presidido por una cierta madurez filológica en el sentido de que parece haber encontrado ese justo medio entre la lógica prudencia que un texto de estas características exige y el arrojo de quien se siente avalado por una argumentación razonada y razonable.

El libro se estructura en un capítulo introductorio (pp. 15-91), texto y traducción enfrentados de las veintiuna cartas seleccionadas (pp. 93-141 sin doble paginación), comentario crítico (pp. 143-152), glosario y apartado bibliográfico (pp. 153-164). El objeto de estudio son las epístolas 5-7, 11-14, 16, 23-26, 28-29, 39, 47-48, 50, 57, 59 y 61 del corpus, un grupo de cartas que están unidas por la temática común del lamento, una forma literaria propia de la epistolografía ficticia sobre la que a la autora no se le puede negar conocimiento de causa, ya que no es esta su primera incursión en la materia.

En el apartado dedicado a la “Introducción” se ubica el grupo de epístolas seleccionadas en el marco retórico, estilístico y lingüístico en el que se desarrollan. Partiendo de un repertorio exhaustivo de las fuentes retóricas y del análisis sistemático y riguroso de los propios textos, la autora va desgranando los dictámenes que la retórica progimnástica, la retórica poética y la norma lingüística prescriben para este tipo de composición y confirmando con ejemplos su presencia en el texto filostrato. Se ha de agradecer a la autora muy especialmente que haya ahorrado al lector lo mucho que se ha escrito sobre esta cuestión remitiendo para ello a la bibliografía recomendada y que haya circunscrito las referencias a la materia en cuestión. Doctrina común es que el género epistolar está caracterizado por un estilo “sencillo” y un lenguaje aticista, pero cercano al *sermo quotidianus* (afirmación que no hace sino recoger los cánones de la σαφήνεια, συντομία y χάρις de la preceptiva epistolográfica), pero más complejo resulta desvelar en dónde radica esa sencillez, sobre todo cuando la forma literaria del lamento se presenta bajo el dictado del πάθος y de sus diferentes *modi* de presentación y *topoi* (*enárgeia*, *diatýpōsis*, hipérbolos, compasión, *aprosdókēton*, técnicas de suspense, etc.) y todo ello en una obra literaria con decidida vocación poética. Sirva de ejemplo de esta conjunción de aporías el comentario en p. 66 a la distribución en el texto de las formas con -σσ- y -ττ-, donde además de lo expuesto a nivel retórico entran en liza otros factores como la disparidad de criterios de los códices y la actitud más o menos correctista de los distintos editores. Entre tanto buen hacer, no nos resistimos a añadir una breve acotación a la frase final de la nota 76 a propósito de la referencia a la octava etopeya de Severo (¿o Libanio?), para recordar que ese es exactamente el tema y contenido de la epístola 2.10 de Aristéneto (“un pintor enamorado del retrato de una joven que él mismo pintara”), en lo que constituye uno de los más rotundos testimonios de la identificación entre el género epistolar y el *proexercitamentum* de la etopeya.

La “Selección de cartas” está precedida por varias tablas de correspondencias de las cartas en las distintas ediciones, un instrumento útil y justificado por las diferencias de or-

denación en las dos familias de manuscritos y por la presentación escogida por la autora de emparejar las epístolas cuando tienen la misma temática pero el destinatario es un hombre y una mujer. Se añade además una breve nota resumen de las ediciones cotejadas a la que solo haríamos dos puntualizaciones, porque quizá no se perciba así en la actual redacción: que la edición de Hercher en sus *Epistolographi Graeci* recoge también los añadidos de la familia 2 al final del epistolario (pp. 487-489); y que en la edición de la BUR el epistolario de Filóstrato (y el de Alcifrón) corrió a cargo de F. Conca, mientras que Zanetto solo preparó la colección de Aristéneto, matización que no habría que hacer si estos dos estudiosos no tuvieran formas de entender la filología tan diferentes.

En cuanto al texto, se toma como referencia la edición cantabrigense de Benner-Fobes y aquellos pasajes en los que la autora se aparta son convenientemente explicados en el comentario final (a veces se recoge también la adhesión a alguna propuesta de estos editores frente a los anteriores, como la supresión de la laguna kayseriana tras ἐκ θαλάττης en 28.3). En este apartado tenemos alguna discrepancia con la opción escogida por la autora, pero en cualquier caso nos complace que sus propuestas estén siempre basadas en argumentos lingüísticos o sanamente conservadores del texto transmitido. Así, por ejemplo, y siguiendo el orden de las cartas del libro, en 47.1 el ἐμνημόνευσας de los códices de la familia 1 (frente a la 3ª persona de los de la familia 2) tiene a su favor, en efecto, el contexto de esta y de la *Ep.* 5, pero en su contra la poca fiabilidad del resto de formas transmitidas por esa familia; en 28.5 se podría postular la conservación del ἔκτισιν de los códices, pero la conjetura de Valckenaer κτήσει es semántica y paleográficamente muy sólida; en 12.3 la forma καταλιποῦσι de la mayoría de los códices, frente a la propuesta de Hercher, entendemos que es de sintaxis excesivamente forzada, al menos bastante más que la forma de acusativo καταλιπόντα de dos códices de la familia 1, que tampoco vemos libre de sospecha; en 25.2 la propuesta de Cobet (ἄλλα δῖαν), autor de cuya actitud hipercorrectista habitualmente desconfiamos, nos parece sin embargo en este pasaje digna de consideración, ya que se basa en una posible deformación paleográfica del **θάλατταν de los códices; en cuanto a los dos pasajes conflictivos de 57.1**, la intervención de Boissonade aceptada ἴσα πράγματα (... ἀφ' ὄν), pese a los intentos de justificación de la autora, entendemos que sigue siendo poco decisiva; y en lo que respecta a la posible corrección de ἐντεῦθεν por ἐνέτυχες para así salvaguardar los genitivos de los nombres propios transmitidos por los códices, reconocemos que es una conjetura no solo plausible, sino aguda, aunque sea a costa de sacrificar una anáfora tan del gusto filostrato; en 26.1 aplaudimos la conservación de la 3ª persona ἑαυτήν, así como la argumentación de la sustitución de ὄπλοις por πῖλοις en 16.4, aunque tengamos ciertos reparos precisamente por su cercanía al campo semántico del cabello; y, por último, en 14.1, pese a la validez del argumento esgrimido para mantener el ἀερός transmitido por los códices, seguimos entendiéndolo -con Bentley- una deformación de un originario σαρκός.

El texto está enfrentado a una traducción muy fluida, lo que no empece para que sea a la vez muy filológica y muy apegada al griego. Muy rara vez se permite la autora libertades del tipo “beber los vientos” (47.2). Nuestra traducción, aparte de la transcripción de algunos nombres propios (tipo Lais o Filis), sería diferente en algunos pasajes, bien porque sigamos otra propuesta textual, bien porque no compartamos la interpretación de nuestra colega. Así, por ejemplo, si se quiere mantener la interpretación “cabellos” (de Laide) en 47.1 se debería proponer también un cambio de vocalismo y acentuación en el texto griego; en “ricos y adinerados” de 7.3, al respetar la hendíadis del griego, se pierde la efectista imagen de la panoplia de oro; en 28.4 “tomemos una decisión” anula la metáfora (“ratificar una alianza”) tan acorde con el contexto; al final de 11.3, más que a un genérico “nada hay más

inalcanzable”, entendemos que se sigue (y se seguirá) haciendo referencia al agua “la que extingue este fuego es difícilísima de encontrar”; el comienzo del párrafo 50.2 entendemos que es la respuesta a las preguntas iniciales de la carta, de manera que con la versión “existent...” se desvanece este matiz; en 12.1, aunque la sintaxis no ayude, el no haberla fortificado con maderos y ladrillos, sino solo con los párpados, es la causa y no una acción posterior a la toma de “la acrópolis de los ojos”; en el comienzo de 13.3, más que una exclamación de temor, parece que el remitente se pregunta sobre la inutilidad del temor expresado en la frase anterior, dado que los presagios ya se han cumplido; o en 39.1 el “acto espontáneo” no termina de quedar claro si se trata de escribir la carta o haber sido desterrado.

En el apartado de erratas hay que destacar el esmero de la edición, en la que, salvo un desliz con la fecha de las ediciones de Kayser en p. 66 o el empleo confuso del verbo “adolescer” en n. 246, lo único destacable es la pulcritud, testimonio inequívoco de un concienzudo trabajo de revisión.

Este libro es, pues, un excelente comentario en el que se aportan nuevos e interesantes puntos de vista a la compleja exégesis literaria y crítico-textual de este opúsculo incluido en el *Corpus Philostrateum* y al que deseamos que sigan otros muchos. Es lo que cabe esperar de una investigadora concienzuda, honesta, muy experta en el terreno en el que se desenvuelve, muy comprometida con el rigor filológico y alejada de cualquier tipo de extravagancia. Es, en definitiva, una digna integrante del grupo de investigación en el que se ha formado.

RAFAEL J. GALLÉ CEJUDO

FRANCESCO AMARELLI, *Itinera ad principatum. Vicende del potere degli imperatori romani. Lezioni*, Napoli, Jovene editore, 2010, 239 pp.

El profesor Amarelli presenta en esta interesante obra argumentos y reflexiones sobre el problema de la sucesión imperial durante los tres primeros siglos del imperio, sin olvidar la Antigüedad Tardía. Sobre este tema trabajó en *Transmissione, rifiuto, usurpazione. Vicende del potere degli imperatori romani* (Napoli 1989, Jovene editore), del que se publicaron varias ediciones. Este hecho es una muestra de la validez y el acierto de la obra. Ahora, sin embargo, con un nuevo subtítulo, incorpora nuevas perspectivas y discusiones propias y ajenas, junto con el análisis crítico de las fuentes. Como el propio autor señala en el prólogo de su libro, ha realizado todo ello utilizando una exposición más clara y, yo añadiría, aún más didáctica si cabe.

El libro está estructurado en cuatro capítulos enmarcados por un prefacio y varios índices finales sobre abreviaciones, fuentes y autores. El primer capítulo está dedicado a la constitución romana y a la sucesión imperial. En este espacio aborda el problema fundamental del orden constitucional romano de época imperial, que radicó en la carencia de reglas para establecer un criterio único y válido para acceder a la carga suprema. Añade, además, un apartado dedicado al análisis de la documentación disponible, sin obviar ciertas advertencias sobre su uso.

El segundo capítulo, el más extenso, se centra en los diversos modos de alcanzar el principado. Así, se realiza una disertación sobre la falta de disciplina, jurídicamente defini-

da, para la transmisión del poder imperial. Se analizan las distintas fórmulas que se emplearon para ello entre otras la designación del mejor, la adopción, la sucesión natural. Todo esto sin olvidar el papel fundamental que desempeñaron dos importantes instituciones: el Senado y el ejército.

El tercer capítulo se focaliza en un aspecto puramente formal como es el rechazo, en un primer momento, a la aceptación de la carga suprema. El primero en emplear esta actitud, de manera incluso teatral, fue Octaviano y después de él siguieron su estela Tiberio, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Trajano y Adriano. Algunos con más sinceridad que otros.

El cuarto y último capítulo está reservado al estudio de la usurpación, fórmula también empleada para acceder al trono imperial. Durante toda la historia del imperio romano hubo muchos intentos, fallidos y no, de usurpar el poder. Sin embargo, las usurpaciones aumentaron a lo largo de la etapa final. Un problema inquietante al que se enfrentó la constitución política romana de época imperial fue cómo evitar la usurpación y acabar con la que ya había sido instaurada. Una vez que el usurpador se había instalado en el trono imperial, siempre trataba de fundamentar jurídicamente su actuación, convirtiendo lo ilegítimo en legítimo. Sin embargo, hubo fórmulas para abortar tanto los intentos de usurpación como los episodios de éxito. Así, algunas de ellas fueron la declaración de *hostis publicus*, la *damnatio memoriae* o la rescisión de las decisiones tomadas por el usurpador.

Cierra la obra una interesante y utilísima, a mi modo de ver, recopilación de sitios web bajo el título “Webitnera, per una sitografia sull’antico”, a cargo de Emilio Germino. El profesor Amarelli introduce este apéndice argumentando que “era su intención originaria destinar las páginas que siguen a una bibliografía razonada, de manera que favoreciera el acceso a discusiones más amplias por parte de estudiantes y licenciados”. No considero que deban ser exclusivamente estos colectivos los destinatarios de las ventajas y utilidades de estas páginas web vinculadas al mundo de la Historia Antigua y sus ciencias auxiliares. He podido comprobar cómo pueden facilitar la labor del profesor universitario y del investigador que esté dispuesto a incorporar las nuevas tecnologías en su trabajo diario. Emilio Germino ha reunido en varios apartados (Fuentes, Literatura, Diccionarios, Revistas y Publicaciones periódicas...) las direcciones de páginas web de centros de investigación, bibliotecas, asociaciones, instituciones, etc., donde poder encontrar rápidamente información y acceder a ella. No tengo ninguna duda sobre la utilidad de estas páginas web para la difusión de la Historia en general y la Historia Antigua en particular, en un momento donde las nuevas tecnologías se imponen junto con la velocidad en el intercambio de información. Sin embargo, abogo también por no olvidar la lectura cómoda y el contacto directo con el libro en cualquier biblioteca.

PILAR PAVÓN

M<sup>a</sup> LUISA DE LA BANDERA ROMERO, EDUARDO FERRER ALBELDA (coord.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2010, 512 pp.

Coincidiendo con el quincuagésimo aniversario del hallazgo del denominado tesoro de El Carambolo, en el cerro homónimo situado en la localidad de Camas, y tras los importantes descubrimientos arqueológicos producidos en este enclave entre 2002 y 2005, se organizaron una serie de eventos conmemorativos. Entre éstos se contaba la celebración de

un simposio internacional que bajo el título “*El Carambolo. 50 años de un tesoro*” tenía como objetivo dar a conocer los últimos avances en la investigación del sitio y, a la luz de estos resultados, ofrecer una nueva valoración tanto del yacimiento como del concepto tradicional de Tartessos a partir de una exhaustiva revisión historiográfica y arqueológica. Organizado por el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, este foro permitió exponer a nivel nacional e internacional las propuestas interpretativas que desde hace años se vienen defendiendo por parte de algunos profesionales de este centro, como J.L. Escacena, M. Belén, F. Amores o E. Ferrer, y que han supuesto un revulsivo para la investigación del fenómeno colonizador y Tartessos, concepto que ha quedado vacío de contenido a medida que se ha profundizado en el análisis crítico de las evidencias arqueológicas.

Las intervenciones presentadas a este encuentro, salvo la exposición de Cécile Beer, así como el trabajo de C. Bonnet, quien no pudo asistir al encuentro por motivos de salud, y otros artículos escritos con posterioridad han sido incorporados a esta publicación, que se convertirá en referente obligado para el estudio de la Protohistoria del Sur peninsular. Respondiendo a un criterio cronológico, el texto se ha organizado en tres apartados; comenzando por un primer bloque temático dedicado a aspectos historiográficos, que abarcarían desde el momento del descubrimiento del tesoro en 1958 hasta la reanudación de las intervenciones arqueológicas en el cerro en 2002; seguido de un segundo bloque centrado en la exposición de los resultados obtenidos en las recientes excavaciones y en el que se incluyen diversos estudios técnicos. Para finalizar con un último apartado donde se intenta situar El Carambolo en el más amplio contexto mediterráneo, en estrecha relación con el mundo colonial y la religiosidad fenicia y oriental.

Con el título “*Visiones historiográficas sobre El Carambolo (1958-2002)*” se recogen tres intervenciones destinadas a diseccionar el “mito tartésico” en tres campos complementarios e interdependientes, esto es, la tradición geográfica clásica, la historiografía española tradicional y la arqueología tartésica. El primero de estos trabajos corresponde a G. Cruz Andreotti, quien, partiendo de una larga trayectoria como estudioso de los geógrafos grecorromanos, nos presenta un complejo ejercicio deconstructivo que tiene como objetivo los tres grandes pilares de la geografía clásica “tartésica”, esto es, la obra de Estrabón, Hecateo y Heródoto. A través de sus textos, el autor describe la construcción del espacio geográfico del extremo occidente, al que se completó con conceptos étnicos (tartesios, turdetanos) que escondían un panorama complejo donde el elemento oriental tiene una especial cabida. Por su parte, M. Álvarez Martí-Aguilar emprende un análisis en profundidad del proceso de gestación de la historiografía tradicional tartésica. Partiendo del proceso de “hispanización” al que el pensamiento historiográfico español decimonónico y de buena parte del s. XX sometió el concepto de Tartessos, revisa la obra de Schulten y de los primeros ideólogos de la civilización tartésica, Gómez Moreno y Maluquer de Motes, una corriente que culminaría con el descubrimiento de El Carambolo y la obra de Carriazo. Vigente durante varias décadas, el modelo defendido por el catedrático sevillano ha sido cuestionado y rebatido desembocando en la asunción de una entidad compleja y cambiante.

Un ejercicio similar al anterior se plantea J.L. Escacena en su trabajo, aunque centrándose en la construcción de la “arqueología tartésica” a raíz de las excavaciones de Carriazo. Sus resultados sirvieron para caracterizar y definir el horizonte tartésico precolonial, anterior a la llegada de los fenicios, por medio de una serie de rasgos e ítems (ubicación en zonas de interior, poblados de cabañas, producción cerámica) que las posteriores in-

vestigaciones se han ocupado de dismantelar, incluso con anterioridad a los más recientes hallazgos. Ni el yacimiento se encuentra en el interior, ni la cabaña era tal, sino un templo, ni la cerámica tipo Carambolo es una creación tartésica exclusiva. A ello se suma la reinterpretación del conjunto del tesoro como ajuar litúrgico destinado a los bóvidos sacrificados, defendida desde hace años por el autor y F. Amores, y la teoría más arriesgada acerca del simbolismo de la piel de toro reproducida en el mismo como elemento de tradición oriental y sobre la que ya se han escuchado argumentos en contra [véase M<sup>a</sup>.C. Marín Ceballos, “De dioses, pieles y lingotes”, *Habis* 37 (2005) 35-53].

El segundo bloque de trabajos, dedicado a exponer los resultados de las recientes intervenciones, se inicia con dos estudios emprendidos por F. y C. Borja Barrera. El primero de ellos, destinado a situar el emplazamiento de El Carambolo en su marco geográfico, describe los procesos geomorfológicos y los modelos morfodinámicos que han configurado un paisaje dual, marcado por la cornisa del Aljarafe por un lado y la Vega de El Carambolo y la desembocadura del Guadalquivir por otro. En el segundo trabajo, se emprende un estudio de la componente natural del proceso histórico, abundando en el análisis de las características y las claves de la evolución de los medios antropizados; así, mediante el establecimiento de unidades geoarqueológicas se procede a realizar una reconstrucción paleogeográfica del sitio.

En un extenso artículo, A. Fernández Flores y A. Rodríguez Azogue, arqueólogos responsables de las últimas intervenciones en El Carambolo, recogen con detenimiento la secuencia ocupacional del yacimiento. A diferencia de trabajos anteriores [“El complejo monumental de El Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizable en la paleodesembocadura del Guadalquivir”, *Trabajos de Prehistoria* 62 (2005) 111-138; *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Córdoba, 2007] donde la monumentalidad de los restos protohistóricos apenas dejaba lugar para la descripción de las demás etapas de ocupación del sitio, en esta ocasión se recogen también los datos correspondientes a las fases prehistóricas (Calcolítico y Bronce Tardío-Final) y contemporánea. Si bien, por razones obvias, ocupa un lugar relevante la descripción y evolución de los edificios y sus instalaciones, se detienen los autores en los aspectos relativos a la datación del complejo. Con una clara preferencia por las dataciones radiocarbónicas, presentan un análisis cerámico detallado, ausente hasta ahora en publicaciones anteriores, de las unidades estratigráficas que fechan el momento de fundación y el de amortización del complejo. Dado el interés de estos datos para el conocimiento del registro material de este periodo, y a la luz de los interesantes resultados del análisis presentado, echamos en falta un estudio más extenso de los restos cerámicos que esperamos podamos ver publicado en breve.

Prosigue esta serie de artículos con tres trabajos dedicados a la metalistería y los restos metálicos. El primero de ellos, encabezado por M. Hunt Ortiz, tiene como objeto el estudio arqueométrico de los restos metálicos y metalúrgicos, a través del cual se descarta el desarrollo de actividades metalúrgicas en el complejo, salvo tras su amortización, ya en el tránsito del s. VII al VI a.C., cuando se instalan en el solar varios hornos, dedicados, según se desprende del análisis de las escorias, a la producción de bronce. En un segundo estudio, dirigido también por M. Hunt, se efectúa el estudio de los escasos objetos de oro localizados en estas excavaciones: un grupo de seis piezas procedentes de niveles orientalizantes y una lámina calcolítica.

Sobre esta temática el trabajo más extenso corresponde a M<sup>a</sup> L. de la Bandera que, junto a un equipo de físicos e investigadores del CNA, presentan un estudio pormenorizado

del tesoro. Desde las primeras interpretaciones hasta los estudios más recientes mediante el empleo de diversas técnicas de análisis (SEM y XRF), el conjunto áureo, a pesar de su unidad estilística y técnica, se ha definido por una heterogeneidad ya señalada en el precedente trabajo de A. Perea y B. Armbruster [“Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de ‘El Carambolo’, Sevilla”, *Trabajos de Prehistoria* 55, 1 (1998) 121-138]. Más allá de las consideraciones técnicas e iconográficas, se detienen los autores en su valoración social, funcional y simbólica, lo que conduce a considerar por una parte la configuración y organización del taller y por otra la finalidad de las piezas. En este sentido, y frente a teorías expuestas recientemente, M<sup>a</sup> L. de la Bandera niega su dedicación como exorno de víctimas en base a consideraciones de tipo técnico y simbólico, decantándose por una función más ligada a la propia figura de la divinidad o su representante, el sacerdote.

Por su parte, el equipo de trabajo dirigido por E. Bernáldez acometió el estudio del registro faunístico, al que se pone en relación con las ofrendas realizadas en el santuario y los recursos pecuarios de la región. Los resultados de esta investigación revisten especial interés frente a los registros de otros asentamientos del mismo periodo y las distintas modalidades de sacrificio documentadas en contexto fenicio-púnico [*CIS* I, 165 y 167; P. Xella, “Quelques aspects du rapport économie-religion d’après les tarifs sacrificiels puniques”, *Bulletin Archéologique du C.T.H.S.* 19B (1985) 39-47], con las que presenta algunas divergencias relativas al reparto de la víctima entre los fieles y la parte del dios consumida por el fuego -en la mayoría de las ocasiones, la cabeza y casi toda la piel-.

Finaliza este segundo bloque de intervenciones con un artículo de F. Amores, quien desde una perspectiva patrimonial se adentra en la problemática planteada por la intervención arqueológica, la conservación de los restos exhumados y su proyección social y el papel jugado por cada uno de los agentes participantes: empresa privada, arqueólogos y administración, sobre la que el autor ejerce una fuerte crítica. Plantea cuestiones y disyuntivas que pueden hacerse extensivas a otros contextos arqueológicos en un momento en el que la cultura se ha convertido no sólo en un derecho sino también, y por muchas reticencias que despierte, en un negocio.

Se cierra la exposición de artículos con “El Carambolo en el contexto del Mediterráneo”, epígrafe bajo el que se presentan varios trabajos que pretenden ofrecer una visión general del ambiente colonial mediterráneo en el que se inserta el complejo de El Carambolo. M. Pellicer recoge, en primer lugar, toda una serie de testimonios arqueológicos que ilustran los contactos mantenidos durante el último cuarto del II milenio a. C. entre el Sur peninsular y los pueblos del Egeo y siro-palestinos, un fenómeno que durante los años 80 del pasado siglo cimentó las bases de la denominada “precolonización”, que tanto eco alcanzó en la historiografía italiana y española.

Por su parte, A. M. Arruda nos plantea, a partir de un somero estado de la cuestión de la investigación en territorio portugués, las numerosas interrogantes que aún quedan por resolver en el terreno de la colonización oriental y, especialmente, por lo que respecta al papel desempeñado por los pueblos indígenas cuya presencia y protagonismo en determinados contextos es innegable.

Más allá de cuestiones de índole social, los tres últimos trabajos están dedicados a la figura de Astarté, divinidad a la que se ofrenda el conocido exvoto cuya procedencia se atribuye a El Carambolo. Para la caracterización de la diosa, C. Bonnet expone una breve descripción de la documentación relativa a la difusión de su culto y el papel desempeñado

en el panteón de las diversas ciudades fenicias, que le permite desgajar las diversas atribuciones y aspectos que definieron a la gran diosa fenicia de la colonización. Ciñéndose a un centro de culto bien explorado y estudiado como el santuario de Tas Silg en Malta, la epigrafista M. G. Amadasi recoge en primer lugar la evolución de este complejo templar, cuyos orígenes se remontan a la Prehistoria, reutilizado por los fenicios para dar culto a su diosa y luego dedicado en época helenística y republicana a Hera-Juno; y en segundo lugar, analiza el amplio corpus de inscripciones procedentes del sitio, en su mayoría pertenecientes a exvotos y a vasos litúrgicos.

Finalmente, concluye la publicación con el trabajo de M<sup>a</sup> C. Marín Ceballos sobre los testimonios literarios que ilustran la presencia de santuarios y lugares de culto dedicados a Astarté en la Península Ibérica. Esta recopilación, junto a un análisis de los datos iconográficos que por falta de tiempo no ha podido ser incluido en esta publicación, constituyó su intervención en el congreso. Los textos muestran un panorama muy complejo, en el que se confunden realidades culturales muy diversas (santuarios, templos, promontorios y enclaves costeros), dificultando su atribución plena al culto de la deidad fenicia, dudas que la autora hace extensivas también al sitio de El Carambolo.

En definitiva, a lo largo de las páginas de esta obra se constata cómo los avances de la investigación han determinado que El Carambolo dejara de ser un argumento para definir lo local, lo “tartésico”, frente a lo foráneo, lo fenicio u oriental. No obstante, no deja de ser paradójico que la adopción de posturas antagónicas lleve en ocasiones a plantear hipótesis de trabajo que caen en el mismo error: la negación de realidades culturales diferentes y distantes que interactúan y evolucionan dando lugar a espacios, comportamientos y creencias originales. El Carambolo ofrece numerosas huellas de esa interacción, de la que el propio tesoro, con su heterogénea tecnología, sería el ejemplo más paradigmático. Cabe esperar que las futuras investigaciones se centren, no tanto en discutir la filiación oriental o indígena de los testimonios de este periodo, sino, sobre todo, en insertarlo dentro del complejo cultural orientalizante, teniendo siempre presentes tanto la realidad política, social y religiosa de la costa siro-palestina [véase en este sentido el reciente trabajo de F. Gómez Toscanos, “Huelva en el año 1000 a. C., un puerto cosmopolita entre el Atlántico y el Mediterráneo”, *Gerión* 27, 1 (2009) 33-65], como las manifestaciones culturales del Suroeste peninsular que se remontarían a etapas precedentes [véase L. García Sanjuan *et al.*, “Las estelas de guerrero de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, tecnología y contexto”, *Trabajos de Prehistoria* 63, 2 (2006) 135-152].

ANA M<sup>a</sup> JIMÉNEZ FLORES

M<sup>a</sup> DEL CARMEN BARRAGÁN VALENCIA, *La necrópolis tardoantigua de Carretera de Carmona (Hispalis), Sevilla*. Sevilla, Universidad Pablo de Olavide, 2010, 230 pp. + CD.

Resulta cada vez más difícil encontrar monografías sobre excavaciones arqueológicas que, con un alto nivel de detalle, nos permitan acercarnos a las novedades existentes. Ahora se puede achacar la situación a la crisis económica, aunque bien es sabido que uno de los grandes males de la Arqueología española en general y de la andaluza en particular, es el abismo entre lo que se excava y lo que se publica. Por ello es una gran noticia y un acierto que se apueste por este tipo de publicaciones, y de ello hay que congratularse.

Se ofrece una monografía arqueológica cuyo aspecto formal es bueno, con profusión de láminas, planos, tablas y un detallado apéndice que supone más de la mitad de la publicación (de la página 111 a la 210). Lo que también es de agradecer, dado que con demasiada frecuencia se nos ofrecen publicaciones “arqueológicas” donde los datos arqueológicos se sacrifican a favor de la interpretación de los mismos.

El libro se articula en ocho secciones: un prólogo (redactado por el Dr. Hidalgo); los consabidos agradecimientos; una introducción; una historia de la investigación; el análisis propiamente dicho de la necrópolis hallada; unas conclusiones; el mencionado apéndice; y el apartado bibliográfico. Clásica distribución, sin duda orientada a un público especialista, interesado en la temática y en la época.

El prólogo intenta contextualizar la obra dentro del panorama tardoantiguo hispano, (asemejando el hallazgo con la gran necrópolis paleocristiana de Tarragona) así como en la urdimbre de novedades sevillanas, resaltando su importancia, en paralelo con la excavación de la Plaza de la Encarnación y con ciertos estudios sobre los elementos arquitectónicos localizados en la calle Mármoles. Lo cierto es que, no quitando un ápice de importancia a la excavación y sus resultados, quien prologa se deja llevar, sin duda, por la afinidad hacia la autora cuando compara una necrópolis tarraconense (varias basílicas, más de 2000 enterramientos, una veintena de mausoleos...) con lo hallado en la Carretera de Carmona. Asimismo, la comparación con el complejo de la Encarnación tampoco parece acertada, por razones obvias (secuencia estratigráfica, topografía urbana, tipologías arquitectónicas...), aunque esta cuestión se deba, tal vez, a que para el prólogo se esté usando bibliografía ya obsoleta.

Tras dos páginas de agradecimientos y una de introducción, donde se justifica la necesidad de la obra, la autora aborda una historia de la investigación (pp. 15 a 45), articulada en dos partes bien diferenciadas: las necrópolis en Hispania (pp. 17-33) y el “contexto histórico-geográfico” de *Hispalis* (pp. 33 a 45). El primero de estos dos bloques, hecho a modo de introducción, aparece con una importante mezcla de conceptos entre lo urbano, lo suburbano, la topografía urbana y la cristianización de todo ello. Asimismo, resulta un tanto sorprendente la distinción entre dos grandes tipos de necrópolis: las “visigodas” y las tardoantiguas. La autora recurre a bibliografía no específica y anticuada para sostener la existencia de necrópolis étnicas, con alusiones a tipos concretos de tumbas, ubicación (“La mayoría de estas necrópolis han sido localizadas en ámbito rurales”) incluso a características físicas (“individuos robustos”) para definir a un tipo de población, la visigoda, frente a otra, “los cristianos”, asimilables a lo que ella denomina con el término “necrópolis tardoantigua”, que serían “el resto”, a los que piensa dedicar su estudio. Resulta llamativo ver como, aún hoy, se emplean criterios de etnicidad<sup>1</sup> aplicados al registro material, algo más propio de épocas pasadas (y ominosas) de la Arqueología del primer tercio del siglo XX.

<sup>1</sup> La bibliografía a este respecto es gigantesca, y hoy día se tienen reservas sobre la pertenencia a grupos étnicos incluso cuando contamos con lápidas donde aparecen nomenclaturas claramente germánicas. Entre otras cosas, porque los procesos de formación de las entidades bárbaras son complejísimo, y casi nunca ligados a modelo étnicos. Si a ello unimos la variable tiempo y la aculturación en tierras romanas durante décadas, la complejidad para definir entidades étnicas disminuye exponencialmente. Además, atendiendo a este discurso, las preguntas surgen por sí solas: ¿no había visigodos en las ciudades? ¿los visigodos no eran cristianos? ¿Es posible determinar, por el tipo de esqueleto, la pertenencia a una etnia? Pensamos que lo que aquí se expone está más en relación a una evolución tipológica de las inhumaciones todavía no bien establecida, que a presupuestos etnocentristas.

Seguidamente, analiza aquellas necrópolis “urbanas” que más destacan en *Hispania*, sin atender a si se encuentran intramuros, extramuros o, simplemente, en lugares donde, como *Egara*, “no conèixer amb precisió l'establiment urbanístic de la ciutat romana”<sup>2</sup>. La cuestión es relevante, ya que no funcionan ni evolucionan igual necrópolis asociadas a grupos episcopales, a áreas martiriales o a monasterios. Respecto a las áreas rurales y sus necrópolis, destaca aquellas vinculadas a edificios de culto, usando bibliografía clásica y sin abordar específicamente las que contienen mausoleos o estructuras funerarias de diversa índole. De Andalucía cita tan sólo Gerena y Vega del Mar, esta última situada en el suburbio de un gran yacimiento romano y que no debería ser entendida como rural *strictu sensu*, sino como periférica a la ciudad, con las implicaciones que de ello se derivan.

Se centra posteriormente en *Hispalis*, analizando las diferentes hipótesis sobre sus dimensiones, paleotopografía y principales vías de comunicación. Inmediatamente entra en materia y se enfrenta a la complicada situación de la ciudad intramuros, usándose ahora sí bibliografía actualizada para el caso de La Encarnación y su interpretación como ámbito doméstico unido a una zona artesanal, con una complicada estratigrafía y una rápida evolución urbana.

Una vez reseñada la que es única documentación arqueológica relativa a la arquitectura doméstica de época tardoantigua en Sevilla, aborda la complicada definición de la arquitectura religiosa, entrelazando teorías y datos arqueológicos de forma sistemática y comprensible. La autora se decanta (pág. 39) por la teoría tradicional que ubica el grupo episcopal hispalense en el entorno de la actual catedral, basándose en las fuentes, en la presencia de una estructura hidráulica considerada como un baptisterio y en la presencia más o menos cercana de una serie de tumbas halladas en el Archivo de Indias. Esta reconstrucción topográfica, también asumida recientemente por otras autoras<sup>3</sup> adolece de insuperables trabas: las fuentes mencionan, sin ubicar, varias iglesias, y no definen la composición del supuesto *episcopium*, que desde luego no debió ser sólo una iglesia; en el estado actual del conocimiento sobre el rito bautismal, los baptisterios y, en particular, los hispanos, resulta del todo inadecuado definir la estructura hidráulica hallada en el Patio de Banderas como un baptisterio, cuando en realidad todo parece indicar que se trata de un depósito como los usados para almacenar y/o decantar aceite<sup>4</sup>; y la existencia de tumbas intraurbanas no significa, automáticamente y sin contextualizar, la presencia y/o vinculación a una iglesia, y ejemplos hay muchos, como es el caso de Córdoba, por citar uno relativamente cercano, donde existen tumbas de época visigoda en el espacio amortizado de los accesos al que fuera teatro romano de la ciudad.

<sup>2</sup> G. García i Llinares, A. Moro García, F. Tuset Bertrán, *La Seu episcopal d'Egara. Arqueologia d'un conjunt cristià del segle IV al IX* (Tarragona 2009) 13.

<sup>3</sup> I. Sánchez Ramos, “Arquitectura sacra de época tardía en *Hispalis*”, *AEspA* 82 (2009) 255-274.

<sup>4</sup> Existen muchos ejemplos en la Bética de este tipo de *lacus*, pero recientemente se ha podido demostrar de forma científica uno de sus usos más comunes, que sería la decantación de aceite. En concreto, en Almedinilla, una estructura casi idéntica a la sevillana fue restaurada y, aprovechando ese proceso, se pudo practicar una cromatografía de gases a dos muestras del *signinum*, una de la base y otra de la pared, en la Unidad de Espectrometría de Masas del CSIC, en Granada, que determinó su uso como contenedor de aceite. Los datos pueden consultarse en I. Muñiz Jaén, “Actividad arqueológica puntual en la Villa Romana de “El Ruedo” (Almedinilla-Córdoba)”, *Almedinilla. Arqueologia, Historia y Heráldica* (Córdoba 2007) 15-44.

Más detallado y documentado se encuentra el siguiente bloque, dedicado a las basílicas extramuros, al suburbio cristianizado, con una acertada revisión de los documentos históricos, el uso de grabados antiguos y una útil tabla donde se relatan hallazgos y ubicación de necrópolis de época tardoantigua, aunque en varios casos la noticia es puramente oral. En otra tabla aparecen algunas de las inscripciones más importantes de época tardoantigua de la ciudad, aunque el apartado anunciado de “otros vestigios” lo deja sin cumplimentar, a pesar de que el estudio de los elementos arquitectónicos, decorativos y litúrgicos se ha revelado importante para completar el conocimiento de la topografía urbana.

El capítulo 3 es un extenso análisis interpretativo sobre los restos hallados en la Necrópolis de la Carretera de Carmona, con una planimetría correcta y una tipología descriptiva del tipo de enterramientos, que aparecen agrupados de forma sintética en dos tablas (pp. 64-65) bien organizadas. Se echa de menos una mayor especificación de los datos estratigráficos y los motivos de la adscripción cronológica de las diferentes fases (que luego se comentan muy someramente en las conclusiones, pág. 106), que tampoco aparecen claramente definidos en publicaciones anteriores sobre la excavación<sup>5</sup>. Cada tipología es analizada desde el punto de vista arquitectónico, con una multitud de paralelos hispanos y mediterráneos, no siempre vinculados al mundo funerario.

No vamos a entrar aquí, por cuestiones obvias, en comentar cada ejemplo, pero resulta llamativo el uso de unas referencias bibliográficas un tanto obsoletas para un tipo de arquitectura de la que hoy tenemos abundantes estudios a nivel europeo. Dentro de esta recurrencia a paralelos, destaca la ausencia de referencias al contexto bético más inmediato. No es que existan demasiadas publicaciones sobre este asunto referido a la Bética Tardoantigua, pero las publicaciones existentes sí que aportan el contexto cercano en el que se desarrolla la necrópolis de la Carretera de Carmona: mausoleos rectangulares del tipo A.a. los hay desde la época altoimperial hasta el final del mundo antiguo, eso sí, en muchos casos adosados a basílicas, como el que posiblemente existió en Nueva Carteya<sup>6</sup>; uno de los mausoleos mejor conservados de Hispania (hasta que lo “restauraron” en 2004) es el de Punta del Moral (Ayamonte, Huelva), asimilable al tipo A.b.2 de la autora<sup>7</sup>; en la necrópolis occidental de Córdoba<sup>8</sup> ha sido excavado recientemente un sector relativamente amplio donde han aparecido restos de un recinto funerario (supuestamente) a cielo abierto junto a otro recinto de mejores cimientos que podría interpretarse asimismo como un mausoleo, similar al tipo A.b.1, pero bastante más grande; respecto al monumento del tipo C, parece evidente que no ha sido excavado en su totalidad y que se desarrollaría bajo la iglesia de los Trinitarios, por lo que podría asimilarse al monumento tipo D, “basilical”, con o sin cripta, y de los que tenemos un magnífico ejemplo a los pies de la basílica de Coracho (Lucena, Córdoba)<sup>9</sup>; en cuanto a la cripta descubierta, resulta complicado asimilarla a las criptas

<sup>5</sup> I. Carrasco Gómez, D. Doreste Franco, “Excavaciones arqueológicas en el entorno de la Trinidad: continuidad de un espacio funerario en Sevilla”, *Romula* 4 (2005) 213-244.

<sup>6</sup> J. Sánchez Velasco, A. Moreno Rosa, G. Gómez Muñoz, “Aproximación al estudio de la ciudad de Cabra y su obispado al final de la Antigüedad”, *Antiquitas* 21 (2009) 149-151.

<sup>7</sup> M. del Amo, *Panteón familiar romano en Isla Canela (Ayamonte, Huelva)* (Ayamonte 2003).

<sup>8</sup> E. Castro del Río, G. Pizarro Berengena, M. D. Ruíz Lara, “Actividad arqueológica puntual en el Parque Infantil de Tráfico, Avda. de la Victoria (Córdoba)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía 2004*, 813-829.

<sup>9</sup> Sánchez, Moreno, Gómez, “Aproximación...”, 135-180.

como la perteneciente al mausoleo de Marusinac, pues sus escasas dimensiones, su falta de centralidad respecto al resto del edificio y su articulación en covacha lateral poco tienen que ver con el tipo de monumento citado.

Seguidamente se aborda el tipo de enterramientos, fosas y cubiertas de tumbas, donde sin duda destacan como elementos singulares las cubiertas troncopiramidales hechas de *signinum* y, en ciertos casos, con inscripción incluida. La autora, muy acertadamente, equipara estos hallazgos con los de Mértola<sup>10</sup>, de idéntica morfología y función, y tras un análisis sucinto y clarificador de aquellos yacimientos donde han aparecido este tipo de estructuras<sup>11</sup>, descarta que se traten de *mensae* para los *refrigeria* o de *lecti triclinares*, y sí de cubiertas de tumbas<sup>12</sup>, con la misión de “señalizar” el enterramiento. La argumentación habría sido más contundente aún si, como hemos mencionado más arriba, la autora hubiera tenido en cuenta para su estudio las últimas investigaciones sobre los *spolia*, inscripciones y elementos arquitectónicos y litúrgicos de la Bética Occidental, donde ya se define este tipo de cubiertas -eso sí, en piedra- para sarcófagos y/o tumbas de la zona más occidental de la Bética: la pieza hallada en Dos Hermanas<sup>13</sup> o lo que sería la tapa del sarcófago de Murensis hallado en Los Bojeos<sup>14</sup> y conservado en el Museo de Huelva son ejemplos de esto, el primero con un espacio reservado para la inscripción, el segundo con aquella ya incorporada.

Se ultima el apartado arquitectónico de la necrópolis realizando un estudio interpretativo de la distribución de los espacios y proponiendo una suerte de recorridos o “caminos” que resultan un tanto artificiosos, ya que es difícil reconocer grupos y/o parcelas funerarias delimitadas, no digamos ya espacios de tránsito. Lo que sí resulta llamativo en este sentido, atendiendo a los resultados expuestos y a la inevitable comparación con otras necrópolis andaluzas, es la escasa densidad de tumbas de fosas en relación a unos monumentos funerarios de un tamaño tan importante.

Ajuares, ritual y estudio antropológico cierran la parte analítica de la monografía, donde de forma correcta, sintética y clásica se aborda este asunto. Destacan unos buenos dibujos de los materiales más destacados, entre los que sobresale sin duda una magnífica jarrita funeraria (denominada “botella” en la publicación), pintada, muy poco común en

<sup>10</sup> Un panorama mucho más actualizado de las necrópolis de Mértola que el reflejado en la bibliografía usada por la autora se puede encontrar en V. Lopes, *Mértola na Antiguidade Tardia. A topografia histórica da cidade e do seu território nos alvares do cristianismo* (Mértola 2003) 127-157.

<sup>11</sup> Dentro de ese elenco de lugares donde han aparecido “estructuras” similares no habría que incluir la necrópolis detectada en la c/ Lucano nn. 7 y 9, publicado en A. Moreno Expósito, L. Sánchez Ramos, “Una aportación a las necrópolis tardorromanas de Córdoba: el sector funerario de la calle Lucano nº 7 y 9 de Córdoba”, *AAC14* (2002-2003) 355-389. En este caso, no hay una cubierta de tumba usada como *mensa*, sino una *mensa* hecha de *signinum* que se superpone a algunas tumbas (entre ellas una donde fue hallado un sarcófago de plomo), mientras está en uso se colocan tumbas alrededor y, cuando deja de usarse, es cortada por otra tumba. Ni forma ni función coinciden, sólo el tipo de material usado.

<sup>12</sup> En contra de que se traten de cubiertas de tumbas y sí de *mensae*, vid. I. Sánchez Ramos, *Córdoba durante la Antigüedad Tardía. Las necrópolis urbanas* (Oxford 2010) 28-29, especialmente nota 341.

<sup>13</sup> Sánchez-Moreno-Gómez, “Aproximación...”, 157-158, lám. 37. En esta misma publicación, 160-166, ff. 47 a 51, para la necrópolis de Coracho, con otro tipo de *mensae*.

<sup>14</sup> J. Sánchez Velasco, “El antiguo obispado de Niebla (Huelva). Nuevas aportaciones a su topografía arqueológica: Territorio, Arquitectura y Liturgia”, *Huelva Arqueológica* (2010) 97-138.

Hispania, y que -según la autora- se suele fechar en época islámica, excepto en Cercadilla, donde ha sido fechada en el siglo VII. Pero también en otras necrópolis de reciente publicación se han definido este tipo de jarritas funerarias pintadas, como es el caso de Coracho<sup>15</sup>.

Las conclusiones, como apartado interpretativo por excelencia, son el nexo de unión entre la parte analítica (capítulos 1 a 3) y la puramente descriptiva (capítulo 5). No nos tendremos mucho en ellas porque ya hemos hecho referencia a las principales cuestiones a lo largo de los párrafos anteriores. Tan sólo incidir en la necesidad de datar la necrópolis en su conjunto y los monumentos funerarios no exclusivamente por “análisis arquitectónico”. La hipótesis esgrimida de la existencia próxima de una basílica es probable, especialmente si atendemos a la distribución de otras necrópolis urbanas y suburbanas tanto hispanas como del resto del mundo romano, aunque habrá que esperar a nuevas intervenciones para clarificar la cuestión. Hubiera sido interesante incidir, también a nivel de conclusiones, sobre la entidad y tipo de los enterramientos para los que se destinarían estos mausoleos, que en la mayoría de los casos debieron contener sarcófagos, pues no aparecen fosas en su interior en la mayoría de los casos. Lo cual entroncaría bien con esa larga y fecunda tradición bética de uso de los sarcófagos como opción para el enterramiento<sup>16</sup>, a la que *Hispalis* no sería ajena.

Gran parte de la publicación son unas detalladas fichas sobre los monumentos y los enterramientos (pp. 111-210), donde sí se aborda con mayor especificidad las técnicas constructivas y otros detalles de índole arqueológica.

Finaliza la obra con la correspondiente bibliografía. Toda ella aparece en un CD, donde se agradecen las fotos y la planimetría en color.

JERÓNIMO SÁNCHEZ VELASCO

D. BONANNO, *Ieronne il Dinomenida*. Pisa-Roma, Fabrizio Serra ed., 2010, Supplementi a *Kokalos* 21.

Siguiendo la tradición que caracteriza el Instituto de Historia Antigua de la Universidad de Palermo, la revista *Kokalos* nos presenta en su suplemento número 21 una nueva monografía de gran calidad que vierte luz sobre ciertos aspectos de la historia de Sicilia. La Dr. Bonanno publica un exhaustivo estudio sobre la figura de Hierón, el segundo de los Dinoménidas, siendo este trabajo resultado de su tesis doctoral presentada en Palermo en el año 2003.

La casa de los Dinoménidas ejerció su dominio sobre la *polis* de Siracusa durante la primera mitad del siglo V a.C. y es considerada el principal modelo de tiranía en el Occidente griego durante el siglo IV a.C. Esta tiranía es paradigma, por un lado, de la lucha frente al bárbaro, por otro del poder, el lujo y la magnificencia que en un sentido u otro inspira a los griegos tanto de Sicilia como del continente. Dentro de esta dinastía tenemos la figura de Hierón, sucesor de su hermano menor Gelón, el héroe de Hímera, y que, tras sucederle en Gela, también le sucede en Siracusa, donde gobernó durante poco más de once años.

<sup>15</sup> D. Botella Ortega, J. Sánchez Velasco, *La basílica de Coracho* (Lucena 2008) 89-96.

<sup>16</sup> J. Beltrán, M. A. García, P. Rodríguez, *Los sarcófagos romanos de Andalucía* (Murcia 2006).

La imagen de este tirano parece haber sido oscurecida por la fama y el peso de Gelón, el primero de los señores de Siracusa, que asimiló los rasgos anteriormente citados casi monopolizándolos en detrimento de sus hermanos, quienes mantuvieron y aumentaron, hasta mediados del siglo V a.C., el poder, la fama y la influencia de esta tiranía.

El estudio que tenemos ante nosotros pretende realizar una puesta en valor de la figura del segundo dinasta, cuya corte alcanzó tal desarrollo que competía con la misma Atenas. Este soberano se nos revela como el verdadero artífice de esos mitos y paradigmas que son asociados a la tiranía siracusana. Hierón es quien dulcifica las medidas criticadas a su predecesor y engrandece las más valoradas. Él hace de Gelón un modelo de lucha frente al bárbaro oriental. Es el artífice de la creación y mantenimiento de una cohorte de sabios en Siracusa donde se cantan las hazañas y éxitos de la casa de los Dinoméidas. En ella, acompañándole y adulándole, encontramos a personalidades como Píndaro, Simónides o Baquílides.

Sin embargo, como hemos dicho, las fuentes presentan una dualidad en esta imagen nada favorecedora. No parece el mismo Hierón el que es elogiado en las *Olimpicas* que el descrito por Diodoro, o por Heródoto. Es aquí donde la autora localiza el principal problema: dilucidar la realidad de este personaje y analizar las causas de la diversidad de opiniones que sobre él se presentan. Esta es una labor de gran originalidad, pues el estudio individualizado de la figura de Hierón es nuevo dentro de unos estudios de la tiranía más centrados en puntos concretos como población, integración, panhelenismo o lucha frente al bárbaro y en la figura de Gelón. Otra opción barajada por los historiadores ha sido un estudio de conjunto de la casa, o más bien de la tiranía y sus repercusiones tanto en la isla como en sus áreas e influencia. Así, vienen a la memoria los trabajos recientes de Braccesi o Luraghi<sup>1</sup> sobre la tiranía o las reflexiones realizadas por Langher<sup>2</sup> y otros en las recientes monografías sobre la Sicilia antigua.

El presente estudio se divide en cinco partes que intentan abordar todos los aspectos que intervienen en la creación de la imagen de este tirano. El resultado es un trabajo que analiza ya no solo la imagen, sino la historia de la Sicilia del siglo V a.C. y la de todos los intelectuales que escribieron sobre ella, desde los líricos griegos hasta los más alejados de este período, como Diodoro, pasando por Heródoto, Tucídides, Jenofonte o Platón.

En una primera parte la autora analiza el proceso de ascenso de los Dinoméidas al trono siracusano, deteniéndose principalmente en la relación de Siracusa con esta dinastía y a su vez, de ellos con las *poleis* tanto de Sicilia como de Grecia. También valora el peso de la idea de un Gelón panhelénico, y de cómo es una necesidad para Hierón el revivirlo tras la negativa de su hermano a luchar contra el Persa. La autora nos relata con detalle el ascenso de Hierón al gobierno siracusano tras su paso por Gela, poniendo especial interés en las relaciones entre la despoblada cuna de origen de la dinastía y la nueva capital del dominio Dinoméida.

En esta parte del trabajo, la autora realiza un estudio profundo de las fuentes en paralelo al relato histórico. Además, en este como en el siguiente apartado, el estudio no se

<sup>1</sup> L. Braccesi, *I tiranni di Sicilia* (Roma 1998); N. Luraghi, *Tiranni arcaiche in Sicilia e magna Grecia da Panezio di Leontini alla caduta dei Dinomenidi* (Firenze 1994).

<sup>2</sup> S. N. Consolo Langher, *Siracusa e la Sicilia greca: tra età arcaica ed alto ellenismo* (Messina 1996).

centra exclusivamente en el comentario y crítica de las fuentes escritas, sino que también plantea el marco histórico que inspira los relatos.

La segunda y tercera parte nos introducen ya en el estudio de la imagen hieroniana. En estos apartados analiza las vicisitudes que debe afrontar el tirano en sus primeros años de gobierno. Nos relata cómo afronta los problemas de sucesión en el seno de su familia, la relación con las *poleis* de Sicilia, y con otros tiranos como los de Acragante o Regio, sin olvidar la importancia que Hierón da a la necesidad de continuar con la herencia del guardián de Occidente. Esta imagen que creara su hermano debe desarrollarse y maquillarse en un momento donde pocas amenazas bárbaras se vislumbran en el horizonte insular. Los ejemplos centrados en esta necesidad de mostrarse como freno a la barbarie se desarrollan principalmente en el capítulo tercero, donde se analizan dos medidas capitales en la creación de la imagen del buen tirano: por un lado, la fundación de Etna, una acción de profunda carga propagandística pues soluciona los problemas de migraciones forzosas a la vez que los problemas concernientes a la repoblación y colonización, convirtiéndose en un héroe civilizador; por otro, su intervención en Cumas contra los etruscos, campaña que es el punto de partida para iniciar un progresivo aumento de la influencia de Siracusa en el Tirreno, legitimado por la necesidad de defender a los griegos de la barbarie que ese mundo oculta para ellos.

Así, estos apartados se articulan perfectamente y obran como bisagra que une la realidad histórica del gobierno del tirano con la representada en los relatos de las fuentes. La autora enlaza mediante una suave transición estos apartados con los siguientes, basados en un elaborado estudio crítico de las fuentes propiciadas por el tirano y las posteriores a él. Esta transición consiste en un primer comentario de los textos que introduce al lector en una problemática que se manifiesta en su totalidad en los dos últimos apartados, dotando de esta manera a la obra de una gran cohesión.

En estos últimos apartados lleva a cabo un profundo análisis de la imagen del tirano primero, a través de los escritores que trabajan en su corte, acogidos bajo su mecenazgo, para después pasar a los autores posteriores, que no se vieron tan influidos por su propaganda, sino por otra realidad muy diferente, la de la Grecia del siglo IV a.C., por lo general hostil a la tiranía. En este estudio, se examina también la influencia que estos autores del siglo IV ejercen en la principal fuente que tenemos para el estudio de la Sicilia antigua, Diodoro Sículo. En este apartado se observa un claro ejemplo de contraste entre las ideas plasmadas por los líricos griegos del siglo V, dependientes del tirano, y la imagen dada por autores tan dispares y a la vez críticos con los Dinoméidas como Filisto, el defensor de la tiranía de los Dionisios, o el tauomenita Timeo, de fuerte inspiración antitiránica.

Es en este punto donde se cierra la obra, con la demostración de cómo sobrevive la obra propagandística del buen príncipe. Así, la autora termina con una imagen de un Hierón continuador de la obra de su hermano, que no solo engrandece Siracusa dentro del solar siciliano sino que la integra en el mundo de la Grecia continental con los roles de guardián del Occidente, de símbolo cultural y de cuna de una de las casas aristocráticas de más renombre, guía de la polis, ganadora de los grandes festivales panhelénicos y difusora y mecenas de la cultura griega.

M<sup>a</sup> CRUZ CARDETE DEL OLMO, *Paisaje, identidad y religión: Imágenes de la Sicilia antigua*, Barcelona, ed. Bellaterra, 2010, 222 pp.

En esta publicación la Dra. Cardete nos presenta una contextualización de la Sicilia antigua partiendo, como ella misma dice, de los grandes árboles que nublan nuestra visión, las imágenes de los grandes personajes, alejándonos paso a paso para tomar la perspectiva necesaria que nos permita ver el bosque que se nos oculta, la verdadera historia. Ese bosque, de carácter laberíntico, manifiesta una clara manipulación de ciertos conceptos: paisaje, identidad y religión, unos términos que no son ajenos al trabajo de la autora y que le han ido acompañando a lo largo de su trayectoria como investigadora. Estos conceptos son necesarios para comprender cómo por medio de su manipulación se generan los mitos de la historia siciliana que sirvieron a sus creadores para expandirse, integrarse, aglutinar a diferentes gentes y convencerlas de su visión de la realidad. Estos mitos perduran hasta nuestros días y es necesario comprenderlos para entender mejor cómo se genera y desarrolla la historia de la Sicilia antigua.

Esta obra en cuestión, dividida en cuatro grandes apartados, introduce al lector en la realidad histórica de la Sicilia griega. Se realiza un análisis completo, partiendo del estudio historiográfico sobre esta materia, en el primer capítulo, y siguiendo, en los tres siguientes, con un análisis de los conceptos antes mencionados por medio de las imágenes paradigmáticas de Fálaris y Terón, Ducetio y Gelón, Hierón y Hermócrates, grandes figuras de la historia siciliana, que si bien se enmarcan en los periodos Arcaico y Clásico, son las claves más representativas para analizar los citados periodos y entender los posteriores.

El primer capítulo recoge de forma resumida las imágenes que desde el mismo mundo antiguo se han ido acuñando de Sicilia a través de la historia. Este apartado discurre por los senderos de la historiografía para mostrarnos los distintos enfoques de quienes estudiaron Sicilia. Este capítulo, “ágil y documentado” cómo lo define Domínguez Monedero, es una herramienta de gran utilidad para todo aquel que se acerque a la realidad de la Sicilia antigua, pues en él se reconocen a todos los que se embarcaron en esta travesía, y las obras que son capitales para su continuación y comprensión.

En el segundo capítulo, la autora analiza uno de los primeros conceptos para la creación de la imagen de un lugar: el paisaje. Entiende como tal no sólo la geografía, sino también los significados de los que lo han ido dotando sus habitantes. En el mundo colonial siciliano es patente la coexistencia de grupos humanos de diverso origen, cultura y costumbres, lo que provoca roces y fricciones. La dicotomía de colonizadores y colonizados, muy matizada por la autora en un acertado excursus, se hace presente en un enfrentamiento no siempre violento, aunque la violencia a veces impere, en la que los nuevos habitantes intentan apropiarse del territorio. El primer paso consiste en integrarse en el paisaje, hacerlo suyo y conseguir que el otro, el colonizado, también lo vea de esa misma manera. Así, el autóctono sufre la presión por medio de propagandas, de mitos y leyendas, que, acompañadas por acciones políticas, justifican una nueva realidad donde el elemento griego queda totalmente integrado y adquiere nuevos derechos sobre el territorio. Los ejemplos propuestos se centran en Fálaris y Terón, los tiranos de Agrigento, zona en la que la expansión colonial es dramáticamente rápida y violenta en un primer momento debido a la alteración de las imágenes, y más tarde, a través de la consolidación de esos cambios por medio de la acción política y militar.

El análisis de ciertos mitos como el de Minos y Cocalos, en el que el legendario rey cretense es asesinado siendo huésped de la corte del rey sículo, o el del simbólico toro de

Fálaris, hito fronterizo y elemento de tortura amenazadoramente orientado hacia Gela, se conforman como relatos tradicionales difundidos por el primer tirano de Agrigento. Este muestra un claro interés en expandirse por el interior de la isla buscando la llegada al Tirreno, a Hímera, alejándose de la influencia de su metrópolis, Gela, fomentando su origen cretense. Fálaris, se comporta sutilmente, con una mezcla de astucia y violencia. Esta manera de actuar es la única posible cuando el abuso de la violencia queda descartado, pues, Agrigento, es, en este momento, una *polis* emergente con un poder poco consolidado.

El segundo ejemplo muestra sin embargo de qué manera esta propaganda, estas imágenes de Agrigento creadas por Fálaris, pueden cambiarse cuando se sustituye al tirano, por otro con un programa y unas necesidades distintas, en una situación diferente. Terón, sustituto de Fálaris, no es de origen cretense como éste, por lo que la imagen cretense ya no es necesaria y se entiende como un lastre. Por otra parte, la concepción del otro como alguien al que hay que convencer de los derechos que se tienen para ocupar el terreno buscando una hibridación y una coexistencia, carece de relevancia en un momento en el que las *poleis* más asentadas y desarrolladas buscan su expansión con la fuerza más que con la diplomacia. Así, con la *polis* consolidada el otro es tratado por el tirano a modo de súbdito.

El personaje de Terón se dibuja como soberano del territorio, fijadas las conquistas obtenidas por la expansión más pacífica de Fálaris. Terón busca asentarse en otros nuevos territorios reviviendo mitos diferentes, con menciones a campañas de viejos héroes dorios traicionados por el bárbaro, e intenta no quedar eclipsado por el rival que su metrópolis ha creado, Gelón, un personaje como él, tirano y gran creador de imágenes. El tirano de Agrigento, para no perder la influencia obtenida por su casa, la Eménida, impondrá su gobierno a los pueblos del interior en una carrera contra los Dinoménidas de Gelón, que desde el oriente siciliano realizan unas acciones muy similares.

En el siguiente capítulo se analiza la reacción del elemento indígena, pues éste no permanecerá impasible frente al cambio impuesto. El pueblo sículo ha sufrido, primero, el ataque propagandístico, propio una fase expansiva donde la superioridad militar no era tan clara, y posteriormente, la presión de unos tiranos que han impuesto su hegemonía en la isla. El elemento indígena ha sido relegado a un segundo plano y sometido en el proceso de consolidación de estas tiranías, en el que se han repartido el territorio en áreas de influencias muy marcadas, más aun tras la victoria de Hímera y las campañas de los Dinoménidas siracusanos. Frente a esta situación parece inevitable la aparición de un movimiento de resistencia. La creación de la identidad sícula, que se percibe en el movimiento de insurgencia de Ducetio y los sículos, y la recreación de las costumbres y los cultos tradicionales de este pueblo, son los modos que ellos tienen de resistir. Así, en contraposición a los tiranos, y apoyados por los elementos más contrarios a la tiranía, los sículos desarrollan la imagen propia, que se plantea original en su modelo de creación. Este modelo es analizado por la Dra. Cardete, quien realiza una puesta en valor de la realidad sícula, eclipsada en la historiografía por el personaje de Ducetio, su líder. Esta identidad se conforma, primero, en torno a la necesidad de reclamar su lugar, bien en la zona de colonización calcídica de Naxos, de donde los expulsara Gelón, bien en las zonas bajo la órbita de Agrigento, donde la lucha se revela ineludible, y segundo, por medio de la recreación de su identidad fuera de la política a través de la religión con el culto de las divinidades de los dioses Pálicos. Es novedoso e interesante que la autora aborde el problema por una vía intermedia ajena a los debates entre indigenistas y helenistas. Observa esta que la excesiva presión griega provocó en el mundo sículo un movimiento de resistencia contrario al mundo griego, pero en el que no se puede negar la influencia del proceso de aculturación sufrido por el constante contacto

entre ambos. Dicha aculturación es bidireccional aunque con un flujo evidentemente mayor de la parte griega por diversos factores, principalmente políticos. Así la recuperación de la identidad sícula, perdida durante el periodo colonial, se realiza en este momento, pero según las costumbres y los modos griegos, pues son los únicos que perduran.

El concepto de identidad, de creación de la imagen, no solo se da entre el elemento indígena, durante la revuelta sícula de Ducetio. Es este un concepto necesario no solo para los que se ven sometidos y se sublevan sino también para la consolidación del imperio y el dominio territorial.

En el último capítulo se hace referencia a la identidad de los siciliotas y a la concepción de los griegos que se tiene en Sicilia. En la primera parte de este capítulo, Hierón y Gelón son ahora quienes se apoyan en la creación de identidades, en su caso de la griega. Más adelante, en la segunda parte, continúa con otras desarrolladas en un contexto muy distinto, el de los discursos de Hermócrates, ya en la tradición democrática. Estos presentan una idea identitaria propia, la de los habitantes de la isla, los siciliotas, más allá de la concepción panhelénica.

En la primera parte del capítulo se estudia cómo la creación de la identidad griega frente a la amenaza bárbara es necesaria para los tiranos de Siracusa, quienes sustentan su poder en su capacidad militar. Estos tiranos tienen como referente propagandístico ser los descendientes de dorios que prevalecen frente a la amenaza bárbara. Esta se entiende como una realidad sobrevalorada que, si bien en nuestra opinión existe de forma clara, queda matizada por la autora. Ella entiende que, en ciertos momentos, esta imagen queda como mero elemento propagandístico, incluso desechable, cuando el propio Gelón, temiendo la caída de Grecia frente a los persas, estuvo a punto de pagar tributo al gran rey. La creación, o mejor dicho, la explotación no ya de la identidad griega de los Dinoméidas, sino de la imagen de paladín del helenismo, queda muy bien reflejada en el análisis hecho por la autora, en el impacto primero de la victoria de Hímera, y luego con la conseguida en Cumas por Hierón, un tirano poco valorado y eclipsado por su hermano pero gran creador de propagandas y principal promotor de la imagen dinoméida fuera de Sicilia.

Tras la tiranía, la realidad cambia y surge una nueva identidad, la siciliota. La aparición de la misma se presenta como una necesidad cuando el otro, el invasor, no es ya ni el indígena, ni el bárbaro sino el griego del continente. En este momento el indígena y el antiguo colono se encuentran en un mismo bando y ya no importa si se cree en una ascendencia doria, jonia o calcídica, o al menos no para aquellos oradores como Hermócrates. Este debe aunar a los pueblos de Sicilia para enfrentarse a la amenaza ateniense, que si bien irrumpe en Sicilia por interés propio y sin ningún reparo, es necesario aclarar que es llamada en calidad de salvadora por otras *poleis* igualmente siciliotas. Así, la creación de esta idea se basa en la exaltación del espíritu “nacional” propio de los habitantes de la isla, en el impulso de un sentimiento de pertenencia a una realidad común que, como se demostró más tarde, no existió. Sin embargo, la imagen de Hermócrates frente a la Asamblea de los aliados, y de la idea de la existencia del espíritu siciliota perduran, la victoria sobre los atenienses y otros “siciliotas”. El discurso en el que se defendía que los habitantes de Sicilia tenían derecho a resolver sus diferencias entre ellos sin intervención externa se mantiene, pese al apoyo espartano y corintio, y además se presenta como un hito, tal vez por el golpe que representó para Atenas. Ese espíritu quedó integrado como un icono, pero no se plasmó en una realidad que vio el retorno a la guerra entre *poleis* hasta la invasión cartaginesa.

Por tanto, y a modo de conclusión, hemos de resaltar la gran relevancia de los ejemplos expuestos por la Dra. Cardete al ser génesis de unas imágenes como son las de la

identidad sícula, la identidad siciliota, la helénica, la de guardián del Occidente frente al bárbaro, la del caudillo frente al opresor y la de la religión indígena. Todas estas imágenes, muchas de ellas contradictorias, no se perderán y serán reutilizadas para engrandecer la figura de Dionisio I, o Timoleón, baluartes del helenismo frente a los bárbaros, o la importancia de los sículos, tan necesarios en las campañas de Dion o Timoleón, y cuyos símbolos perduran por ejemplo en la moneda y en las cecas propias.

Así pues, poco más hay que añadir sobre un libro tan útil para el estudio de la Sicilia griega, y, si algo dijéramos, sólo sería para animar a su autora a continuar avanzando en la investigación en temas como la religión en Sicilia, tema que se presenta muy sugerente para continuar con la metodología utilizada por la autora y revisar los trabajos anteriores entendiendo la realidad siciliana de esta manera tan compleja.

VÍCTOR SÁNCHEZ DOMÍNGUEZ

PILAR FERNÁNDEZ URIEL, *Púrpura. Del mercado al poder*, Madrid, Cuadernos de la UNED, 2010, 389 pp.

No le falta razón a Narciso Santos Yanguas cuando, el prólogo de la obra que ahora recensionamos, afirma que desde hace tiempo “la bibliografía hispana requería la presencia de un estudio completo acerca de la púrpura en la Antigüedad”. Estudios parciales en castellano, portugués o catalán dedicados a temas específicos en torno a esta materia y color han sido relativamente frecuentes en los últimos años, gracias especialmente a la publicación de las actas de tres de las cuatro ediciones realizadas hasta la fecha de los congresos *Purpureae Vestes* que con tanto acierto como tesón coordina desde 2002 la profesora C. Alfaro Giner junto a otros especialistas en el estudio de los textiles y los tintes del Mediterráneo antiguo. Pero no han sido éstos los únicos foros los que se han presentado, defendido y discutido en nuestra península trabajos sobre la púrpura en la Antigüedad, sino que es posible encontrar aportaciones similares en otros congresos, jornadas y *symposia* relacionados con la “cultura del mar”, lo que indica el creciente interés que existe en los ambientes académicos español y portugués por este tema de historia y arqueología litorales.

Si bien en las publicaciones recientes se han realizado valiosas aportaciones acerca de casi cada uno de los aspectos relacionados con el tinte púrpura (su elaboración, su comercio, su carácter simbólico, la cultura material relacionada con su producción y difusión...), se echaba en falta, en efecto, un trabajo amplio que tratara de todos ellos de forma orgánica y a modo de síntesis del estado actual de los conocimientos. Este es sin duda el principal mérito e interés de la obra de la Profesora Fernández Uriel: el presentar en un solo y amplio trabajo, en un solo volumen, un balance de los conocimientos actuales y de las perspectivas de estudio sobre un campo de investigación histórica y arqueológica que, rescatando la expresión creada a principios del siglo XX por A. Dedekind<sup>1</sup>, la autora de la síntesis bautiza con el sugerente apelativo de “purpurología”.

Esta purpurología, este estudio integral del tinte púrpura a lo largo de la Historia denominada antigua comienza en la obra de la profesora Fernández Uriel (“Primera parte: el rescate del recuerdo”) por un estudio de los orígenes y el desarrollo de la “industria” a

<sup>1</sup> A. Dedekind, *Ein Beitrag zur Purpurkunde* (Berlín 1911).

través de las fuentes literarias y las evidencias epigráficas, papirologías, arqueológicas y numismáticas sobre esta materia. A continuación, se desarrolla (“Segunda parte: la materia prima: múrices púrpúros”) el estudio de las diversas especies de moluscos gasterópodos marinos que se empleaban como materia prima en la obtención del afamado tinte púrpura, así como de las materias textiles que recibían habitualmente el tinte de estos animales y de otros pigmentos de uso no textil que se obtenían de ellos. La tercera parte (“*Ars purpuraria*: la industria de la púrpura. El proceso del tinte”) se dedica en primer lugar a la exposición de las técnicas de pesca de los moluscos y a su conservación hasta el momento de la confección del tinte mediante el empleo de sus glándulas purpurígenas hipobranquiales; luego, indaga en las informaciones literarias y en los procedimientos experimentales de tipo físico-químico que, siguiendo a las primeras, han intentado reproducir fielmente los procesos de confección del tinte; en tercer lugar (“Los talleres y los operarios de la púrpura”) se reconstruye el mundo de la producción y el comercio de los tintes marinos durante la Antigüedad, con especial hincapié en época romana, gracias a la documentación generada por la investigación arqueológica y epigráfica. Finalmente, se incluye en este apartado una amplia discusión acerca de los principales centros de producción del Mediterráneo y el Atlántico antiguos. La cuarta parte (“Simbología y significado en el Mundo antiguo”) se dedica a uno de los aspectos que más interés suscita en la investigación sobre la púrpura antigua: su valor simbólico y su significado ligado al carácter divino de las materias incorruptibles, como el oro y la propia púrpura, incluso más allá del fin de la época llamada antigua. Finalmente, y consideramos su inclusión un acierto innegable, la quinta parte trata acerca de “Los sucedáneos”, es decir, sobre aquellos productos de más fácil obtención o más baratos que la verdadera púrpura marina pero cuya obtención se hacía mediante otras materias primas: otros moluscos sin concha, insectos como la cochinilla, plantas como el índigo o líquenes como la orchilla.

En general, se trata de una obra muy compensada en cuanto a contenidos y perspectivas, no faltando el tratamiento, siempre tan problemático para un historiador de la Antigüedad, de los aspectos directamente relacionados con la química orgánica, aspectos que, por lo general, resultan bien resueltos. Al respecto, echamos, sin embargo, de menos la mención a algunos trabajos experimentales recientes como los de C. Macheboeuf<sup>2</sup>, de la que, no obstante, se citan otros artículos, D. Ruscillo<sup>3</sup>, y I. Boesken y R. Haubrichs<sup>4</sup>. Máxi-

<sup>2</sup> C. Macheboeuf, “Le sel et les coquillages à Pourpre”, L. Lagóstena Barrios, D. Bernal Casasola y A. Arévalo González (eds.), *Cetariae 2005. Salsas y Salazones de Pescado en Occidente durante la Antigüedad. Actas del Congreso Internacional (Cádiz, 7-9 de noviembre de 2005)* (Oxford 2007) 387-390; Eadem, “Les ateliers de la pourpre: essai de reconstitution”, *Resources et activités maritimes des peuples de l’Antiquité, Les cahiers du Littoral* 2, nº 6 (Boulogne-sur-Mer 2008) 507-514.

<sup>3</sup> D. Ruscillo, “Reconstructing Murex Royal Purple and Biblical Blue in the Aegean”, D. E. Bar-Yosef Mayer (ed.), *Archaeomalacology. Molluscs in former environments of human behaviour. Proceedings of the 9th Conference of the International Council of Archaeozoology, Durham, August 2002* (Oxford 2005) 99-106; Eadem, “Faunal remains and murex dye production”, J. W. Shaw, M. C. Shaw (eds.), *Kommos V: The Monumental Minoan Buildings at Kommos* (Princeton 2006).

<sup>4</sup> U. Boesken, R. Haubrichs, “Tyrian purple dyeing: an experimental approach with fresh *Murex trunculus*”, C. Alfaro Giner, L. Karali (eds.), *Purpureae Vestes II. Vestidos, textiles y tintes: estudios sobre la producción de bienes de consumo en la Antigüedad: actas del II Symposium Internacional sobre Textiles y Tintes del Mediterráneo en el Mundo Antiguo (Atenas, 24 al 26 de noviembre de 2005)* (Valencia 2008) 253-255.

me cuando estas experiencias parecen abrir perspectivas interesantes a la resolución de problemas “sempiternos” de la investigación arqueológica de la púrpura, como es el referido a la relación de las factorías de púrpura (*baphia*) con los saladeros de pescado (*cetariae*).

Las sugerencias de Macheboeuf y Boesken y Haubrichs acerca de que la necesidad, en las factorías con producción masiva de tintes, de mantener conservados en sal durante varios días los glandes extraídos de los múrices antes de su empleo puede explicar el recurso a piletas de salazón o piletas similares a las de salazón. Éstas también pudieron emplearse en la primera fase de maceración del producto que sólo ocupaba, según Plinio, tres días, y que debía hacerse en un ambiente cálido, pero no necesariamente en presencia de calor artificial. Éste último factor sí era imprescindible, aunque no debía hacerse hervir el jugo, en las subsiguientes tareas que ya se hacían en calderos de plomo o cobre. La dualidad de procesos y contenedores, que a veces hace necesaria una pileta para las primeras operaciones de preparación del compuesto purpúreo, podría justificar coyunturalmente la convivencia de las labores del tinte y las salazones en las mismas dependencias de las factorías o fábricas litorales, lo que tal vez viene sugerido por la composición de vertederos como el tardopúnico excavado en la actual calle Luis Milena de San Fernando (Cádiz)<sup>5</sup> o por la presencia de estructuras como las recientemente excavadas en Metrouna (Marruecos)<sup>6</sup>.

La aceptación del empleo de piletas en las labores de confección del tinte incluso daría carta de naturaleza a propuestas tan criticadas como las de F. Teichner<sup>7</sup> acerca de la existencia de instalaciones puramente purpurarias que han pasado como salarias sin serlo, entre las que propone las de Cerro da Vila (Quarteira), Casais Velho (Cascais) y Torreblanca del Sol (Fuengirola), cuyas *officinae* constan, como en Meninx<sup>8</sup>, de ámbitos de trabajo que incluyen una o dos pequeñas piletas. Ninguno de estos emplazamiento (con excepción del de Meninx) aparece citados en la obra que recensiamos, alguno porque quizás no habían sido publicados aún en el momento de la redacción del mismo, aunque ciertamente habría sido interesante recoger de los ya conocidos algunos datos para poder debatir en torno al tema del “mobiliario” productivo, el *instrumentum*, de una factoría de tintes. Sí se

<sup>5</sup> D. Bernal Casasola, A. Sáez Romero, M. Bustamante Álvarez, “Entre la pesca y la púrpura en el Gadir tardopúnico. Actuación arqueológica en el conchero de la C/ Luis Milena de San Fernando”, C. Alfaro Giner, J.-P. Brun, P. H. Borgard, R. Pierobon Benoit (eds.), *Purpurae vestes III. Textiles y tintes en la ciudad antigua. Archéologie de l'artisanat Antique, 4, Actas del III Symposium Internacional sobre Textiles y Tintes del Mediterráneo en el mundo antiguo (Nápoles, 13 al 15 de noviembre, 2008)*(Valencia-Nápoles 2011) 157-180.

<sup>6</sup> D. Bernal Casasola, B. Raissouni, A. El Khayari, L. Es Sadra, J. J. Díaz Rodríguez, A. Sáez Romero, M. Bustamante Álvarez, F. Villada, J. Lagóstena, J. C. Domínguez Pérez, M. Parodi Álvarez, “El valle del río Martil en época preislámica e islámica. Primeros resultados de la Carta arqueológica (Campaña 2008)”, D. Bernal Casasola, B. Raissouni, J. Ramos, M. Zouak y M. Parodi (eds.), *En la orilla africana del Círculo del Estrecho. Historiografía y proyectos actuales. Actas del II Seminario hispano-marroquí de especialización en Arqueología* (Cádiz 2008) 313-349.

<sup>7</sup> F. Teichner, “Cerro da Vila: paleo-estuário, aglomeração secundária e centro de transformação de recursos marítimos”, *Simpósio Internacional Produção e Comércio de Preparados Piscícolas durante a proto-história e a Época Romana no Ocidente da Península Ibérica. Homenagem a Françoise Mayet, Setúbal 2004, Setúbal Arqueológica* 13 (2006) 69-82; Idem, “Casais Velho (Cascais), Cerro da Vila (Quarteira) y Torreblanca del Sol (Fuengirola): ¿Factorías de transformación de salsas y salazones de pescado o de tintes?”, *Cetariae 2005...*, 117-125.

<sup>8</sup> A. Drine, “Les fouilles de Meninx: résultats des campagnes de 1997 et 1998”, *L'Africa Romana 1998* (Sassari 2000) I, 87-94.

recogen, en cambio, los trabajos de D. Bernal Casasola y otros<sup>9</sup> y de J. de Dios Hernández García<sup>10</sup> que se refieren respectivamente a instalaciones romanas como las de Carteia y Águilas, donde no hay rastros del empleo de piletas, lo que puede deberse tanto al carácter fragmentario de la evidencia, como al hecho de que efectivamente no las hubiera, ya que el tinte puede elaborarse directamente tras la extracción de las glándulas de púrpura o estas pueden conservarse en otros contenedores. Tampoco es imprescindible el empleo de piletas para la maceración. En verdad, ni siquiera era necesaria la maceración misma, aunque los trabajos de Ruscillo<sup>11</sup> sugieren que eran aconsejables si se quería obtener un tinte de color denso y brillante.

Las últimas investigaciones en las factorías de púrpura occidentales muestran, pues, un panorama mucho más articulado y complejo que el recogido en la monografía al respecto de la organización de la industria y de las tipologías de establecimientos, panorama que, desde luego, se complicaría mucho más si extendemos el análisis de la muestra a nuestra disposición hacia todo el período cronológico para el que conocemos la confección de púrpura en Occidente.

Es probable que nuevos matices, propuestas y desarrollos como el que acabamos de realizar puedan proponerse para cada uno de los capítulos de la obra, pero esto no debe interpretarse, desde luego, como un síntoma de debilidad de la misma, sino todo lo contrario, como una muestra de que el estudio, paciente, valioso y valeroso, que Pilar Fernández Uriel ha realizado acerca de los temas y los problemas de la “purpurología” antigua tiene la virtud no sólo de sintetizar información e interpretaciones ya consolidadas, sino también de sugerir nuevas vías de investigación en una materia tan compleja como apasionante.

ENRIQUE GARCÍA VARGAS

C. FORNIS, J. GALLEGU, P. LÓPEZ BARJA, M. VALDÉS (eds), *Dialéctica histórica y compromiso social: Homenaje a Domingo Plácido*, Zaragoza, Pórtico Librerías, 2010, 3 vols.

Pocas veces encontramos ante nosotros miscelánea tan completa y diversa como la que hemos de reseñar. No es menos sorprendente que esta obra sea el resultado de la participación de compañeros, discípulos y antiguos alumnos de Domingo Plácido, docente e investigador con una trayectoria dilatada y admirable dentro de la investigación española.

<sup>9</sup> D. Bernal Casasola, L. Roldán Gómez, J. Blánquez Pérez, F. Prados Martínez, J. J. Díaz Rodríguez, “Un taller de púrpura tardorromano en Carteia (Baetica, Hispania). Avance de las excavaciones preventivas en el conchero de Villa Victoria (2005)”, *Purpurae Vestes II...*, 209-226; D. Bernal Casasola, L. Roldán Gómez, J. Blánquez Pérez, J. J. Díaz Rodríguez, F. Prados Martínez, “Del marisqueo a la producción de púrpura. Estudio arqueológico del conchero tardorromano de Villa Victoria/Carteia (San Roque, Cádiz)”, D. Bernal Casasola (ed.), *Arqueología de la pesca en el Estrecho de Gibraltar: de la Prehistoria al fin del Mundo Antiguo* (Cádiz 2009) 199-258.

<sup>10</sup> J. de Dios Hernández García, “Un posible taller de púrpura del siglo I d. C. localizado en Águilas, Murcia (España)”, C. Alfaro, J. P. Wild, B. Costa (eds.), *Purpurae Vestes. Textiles y tintes del Mediterráneo en época romana* (Valencia 2004) 215-218.

<sup>11</sup> Art. cit. nº 3.

Él es persona que, como este homenaje, ha abordado de manera incansable una variedad de temas que sobrepasan el marco de su especialidad, la historia de Grecia. Plácido se ha acercado a la historia de Roma, a la Península Ibérica, a la religión, a la historia de género, a la historiografía etc. Así pues, este homenaje se manifiesta como una obra de amplio espectro en la que los editores han intentado dar cabida y organizar todas las contribuciones de estudiosos nacionales y extranjeros que han mantenido contacto y amistad con el homenajeado a lo largo de tan extensa carrera.

Los editores han optado por la elaboración de tres volúmenes en los que se articulan más de un centenar de artículos organizados en capítulos que actúan a la vez como departamentos y nexos entre las aportaciones de los participantes y las principales líneas de investigación que el notable profesor ha trabajado a lo largo de su carrera.

Así el primero de los volúmenes nos ofrece un repaso sobre la historia más “política”, abordando cuestiones como la de ciudadanía, los discursos de poder, la etnopolítica, la sociedad; el segundo volumen se ocupa de temas concretos sobre distintos grupos sociales, esclavitud y género, a la vez que de otros tratados en algún momento por Domingo Plácido (filológicos, filosóficos, o referentes a estudios de la Península Ibérica en la Antigüedad donde también ha dejado grandes aportaciones); el último de estos volúmenes queda reservado a los artículos relacionados con la religión y el paisaje, y muy especialmente con la historiografía y las reflexiones sobre la Historia (campo de especial interés para el homenajeado, sobre el que siempre ha trabajado), no olvidando un pequeño guiño a sus aficiones, en especial a la musical, representado por ese último capítulo sobre arte, literatura y música en la Antigüedad.

La figura de Domingo Plácido es, como ya hemos dicho, de una gran relevancia en el panorama de la investigación española. Comenzó su actividad en la antigua Universidad Central, atraído por la figura de Santiago Montero Díaz, de cuyo magisterio se siente orgulloso. Los años que le tocaron vivir en dicha Universidad, el final de la dictadura, se podrían definir como turbulentos cuanto menos. Así, el profesor Domingo Plácido demostró su compromiso social y por ello fue tildado, como él mismo admite, de contestatario al régimen. Dentro de estas actividades, muy bien descritas en la entrevista de Ana Iriarte, hemos de destacar su carácter intelectual, y ejemplo de ellos es la participación como fundador y miembro de la editorial Ciencia Nueva, y las relaciones con grandes intelectuales del momento como Marcelo Vigil, Abilio Barbero, Santos Mazzarino, etc.

Desde 1979, y tras un forzoso paréntesis de cuatro años, el profesor Domingo Plácido ejerció y ejerce de manera continuada su magisterio en la actual Universidad Complutense de Madrid, participando en diversos proyectos muy bien descritos por la profesora Iriarte. Ejemplos de ello son su participación en el CSIC, dentro del Departamento de Arqueología e Historia Antigua, su pertenencia al GIREA (Groupe Internationale de Recherche sur l’Esclavage dans l’Antiquité, asociado a la Université de Besançon), actual presidente, y su participación dentro de múltiples comités científicos de revistas de reconocido prestigio.

Analizar toda la trayectoria de tan prolífico investigador sería difícil en esta reseña y la ocuparía por completo. Por tanto remitimos a la ya mencionada entrevista de Ana Iriarte, así como a la semblanza que cubre las primeras páginas del homenaje. Así pues, pasamos a continuación a intentar reseñar varios artículos que ilustren el carácter de esta obra. La elección de los artículos resulta arriesgada pero fácilmente comprensible.

Así, de los primeros capítulos, Marco V. García Quintela, en “Un inventario de ciudades platónicas”, parte de los textos platónicos para, a través del análisis de los mismos, des-

cribir modelos de poblamiento y organización del territorio y su relación con la filosofía en la concepción de la *polis* ideal. A su vez, el autor busca mostrar el diseño del paisaje urbano en la concepción de la ciudad ideal que Platón defiende, una ciudad generadora de filósofos.

García Quintela describe las *poleis* referidas por el filósofo ateniense en sus obras comparándolas con algunas que Platón visitó en su periplo por Magna Grecia. Aquí, el autor señala las diferencias entre los modelos presentados por Platón, dividiéndolos en modelos más o menos proclives a la mentalidad de éste. Una vez diferenciados, el autor busca las influencias y la adaptabilidad de los modelos a las *poleis* que el ateniense visitó. En la contribución se analizan aspectos formales dentro de la fundación de las *poleis*, se habla de la organización del territorio, se explican los intereses del filósofo y se ponen éstos en relación con los modelos que él conoció. Por otro lado el autor diferencia los aspectos menos comunes de los modelos de urbanismo platónicos de los derivados del modelo colonial griego. Así, como él mismo remarca en sus conclusiones, vemos que la renovación del concepto teórico de la fundación viene señalado por los tratados filosóficos. También concluye que estos tratados orientan a quienes los leen a pensar que la *polis* ideal es la que presenta características similares a las que encontramos en Magna Grecia y que son a la vez productoras de filósofos.

Un ejemplo de temas sociales dentro de este homenaje es la contribución de Marco Bettalli, titulada “I mercenari durante la guerra del Peloponeso”. En este trabajo el autor nos acerca a la realidad de los mercenarios durante el siglo V a.C. Analiza un epígrafe encontrado en *Tymnos*, en la isla de Rodas, un decreto de la ciudad de Lindo, por el que se especifica el pago de un donativo, por parte de las tropas, al dios Enyalios. La parquedad de datos en el texto no permite ni la identificación de estos contingentes ni la finalidad de los mismos y solamente nos permite saber la cuantía del donativo a la divinidad y la diferencia entre los pagadores.

El autor apunta, en relación con el posible uso de estas tropas, tanto las campañas en el imperio persa como la posibilidad de servir en la flota ateniense dentro del marco de la liga ático-délica. Debido a ello profundiza sobre las maneras de organizar la flota durante la guerra del Peloponeso, el pago de las contribuciones de los participantes en la misma y el papel de los extranjeros en la formación de la flota. Por tanto, y pese a que el epígrafe no satisface las expectativas de información en ciertos aspectos, se presenta como una perfecta excusa para tratar el interesantísimo problema de la participación de extranjeros en los ejércitos, no sólo dentro del marco de la *polis* sino dentro de otras confederaciones, y el hacerlo además en un momento como es el siglo V a.C., anterior al tradicional momento de eclosión del mercenariado en el siglo siguiente.

La siguiente participación elegida es la del profesor de la Universidad Rovira y Virgili, Javier Faci Lacasta, “La restauración de Tarragona y la Primera Cruzada”. En esta aportación el autor nos hace un recorrido por la historia del proceso de restauración de la abandonada sede episcopal catalana en los siglos XI al XII d.C., y de la intervención en este proceso tanto del papado como de otros agentes externos. El proceso de restauración del episcopado de Tarragona es un proceso arduo y difícil, promovido por los condes de Barcelona, continuando con los intentos de los religiosos de la marca hispánica en contra de los intereses del arzobispado de Narbona. Precedentes son las acciones que intentaron en el siglo IX el Obispo de Urgel, Esclúa, o Cesáreo, abad del monasterio de Santa Cecilia de Monserrat en el X d.C. El autor aporta una visión global que se aleja del estudio local. La visión sobre el conflicto sale del territorio de estudio para analizar cómo el movimiento

local es influido por el avance de la corona de Castilla, las cruzadas en Oriente y las relaciones con el reino franco, alterando su desarrollo.

Para terminar, no podíamos obviar de esta selección el artículo de Luis Ballesteros, “La disputa entre Febo y Pan: variaciones modernas sobre temas antiguos”, aportación que supone un perfecto broche en el que se aúnan dos de las pasiones del homenajeado, historia y música, además de revelarnos otras de las facetas del autor, la de profesor de conservatorio y escritor de artículos sobre estética musical. El artículo nos presenta la confrontación entre una visión instrumental de la música y otra vocal. Este enfrentamiento comienza en el certamen entre Pan y Apolo, descrito en las *Metamorfosis* de Ovidio, retomado por Bach en su opera *Der Streit zwischen Phoebus und Pan*. Esta obra oculta una defensa de las composiciones más eruditas propias de su estilo, que eran criticadas por los entendidos del siglo de las luces. El autor continúa describiendo cómo esa disputa clásica se perpetúa y cobra nuevo empuje en los siglos XIX y XX con los enfrentamientos entre autores como Mozart y Salieri, Wagner y el crítico alemán Eduard Hanslick, en una espiral que, si bien arrancaba en un enfrentamiento de erudición frente a vulgaridad propio del XVIII, se torna lucha entre las composiciones vocales e instrumentales y deriva hacia argumentaciones enfrentadas en la estética musical.

VÍCTOR SÁNCHEZ DOMÍNGUEZ

DIANA GOROSTIDI PI, *Ager Tarraconensis 3. Les inscripcions romanes (IRAT)*, Tarra-gona, Institut Català d'Arqueologia Clàssica, Documenta 16, 2010, 230 pp.

El Instituto Catalán de Arqueología Clásica nos presenta una nueva monografía dentro del marco del proyecto “*Ager Tarraconensis*. Estudio del paisaje arqueológico a la derecha del río Francolí” (PAT), que viene desarrollándose bajo la dirección científica de M. Prevosti y J. Guitart. Si los dos primeros volúmenes estaban dedicados a los aspectos históricos y el marco natural así como al análisis del poblamiento, el tercer tomo de la serie tiene por objeto la presentación del catálogo de las inscripciones aparecidas en el territorio de esta capital provincial. La autora, Diana Gorostidi, es bien conocida en los medios epigráficos por su trabajo sobre la epigrafía latina de *Tusculum*, materia que fue objeto de su tesis doctoral -premio de la Fundación Pastor 2008- y matriz de una amplia serie de publicaciones en medios especializados sobre las importantes novedades que en este campo periódicamente va proporcionando esta ciudad lacial.

El libro se abre con un prólogo de Geza Alföldy y una breve introducción que presenta las líneas generales de la obra. El ilustre investigador señala expresamente en el primero cómo las inscripciones del *ager Tarraconensis* “han sido durante mucho tiempo un hijastro de la investigación científica”, subrayando que, como resultado de los múltiples trabajos de prospección y excavación desarrollados en los últimos años, se ha producido un cambio sustancial, abriéndose con la obra que tenemos entre manos, gracias al considerable aumento del material, “una nueva época de la investigación epigráfica”. Cabe resaltar al respecto la importancia de la colaboración, con mutuas contribuciones, entre los proyectos respectivos de *IRAT* y *CIL* II<sup>2</sup>, 14, fasc.2<sup>1</sup>; como bien señala el profesor alemán, entre las

<sup>1</sup> *Corpus Inscriptionum Latinarum. Vol.II ed. alt., Inscriptiones Hispaniae Latinae, Pars 14:*

6 inscripciones acopiadas por Hübner y las 34 recopiladas por él mismo en *RIT*, y las 230 piezas en 172 entradas que hoy se recogen en este nuevo catálogo, media una considerable distancia que evidencia la notable ampliación del conocimiento de la epigrafía del entorno rural y la significación de un material “digno de la cultura epigráfica de una ciudad tan importante como *Tarraco*”.

La obra recoge las inscripciones de procedencia rural que se han localizado en el que se considera antiguo *territorium* tarraconense, esto es, el comprendido actualmente en las comarcas de Tarragonès, Alt Camp, Baix Camp, Alt y Baix Penedès, Garraf, incluyendo asimismo algunos ámbitos de la Conca de Barberà y del Baix Llobregat, abarcando en su conjunto una vasta extensión en torno a 4400 km<sup>2</sup>. Previamente a la presentación del catálogo se ofrecen sendos capítulos, en catalán e inglés, que ofrecen las líneas generales que se puede extraer de la evidencia disponible, incluyendo el ámbito de la distribución de hallazgos en el territorio según las comarcas de procedencia (Cap. 1), con una atención especial a la evaluación general sobre las posibilidades de información que proporciona la epigrafía en ámbito rural, correlacionada con el registro arqueológico, para complementar el conocimiento de la sociedad urbana tarraconense (Cap. 2). Así, se destaca especialmente la concentración de hallazgos en dos puntos concretos, el ámbito más inmediato a la periferia urbana, como cabría esperar de una gran capital provincial, y la comarca del Alto Penedés, uno de los ejes principales del poblamiento rural en un territorio cualificado por la importancia de sus *uillae* que se refleja en las prospecciones y excavaciones arqueológicas. Este segundo capítulo de la monografía explora la información de carácter social que se deriva del corpus epigráfico reunido, haciendo hincapié tanto en los aspectos de índole material de las piezas -tipos de material, diversidad y carácter de los soportes- como en las posibilidades y límites de identificación, a través de los textos de las inscripciones, de los propietarios de *fundi* y *uillae* en el *ager Tarraconensis*, de los que se proporciona un catálogo en el que se vinculan los sitios arqueológicos con su posible propietario y la posición social del mismo. Varios apartados dentro de este capítulo indagan en los diferentes escalones de la sociedad tarraconense y el perfil social de la población rural, sea en una perspectiva cronológica como desde la óptica de la condición jurídica y la ocupación de puestos y cargos públicos reflejada en el registro epigráfico. Senadores, caballeros, libertos enriquecidos, funcionarios del gobierno provincial, magistrados y sacerdotes coloniales, así como extranjeros, libertos y esclavos, encuentran su representación en la evidencia epigráfica, ofreciendo así un completo panorama de la realidad social en el territorio. En fin, un último apartado de este capítulo reflexiona, a partir de la evidencia disponible, sobre el papel de la cultura escrita en el ámbito rural y las posibilidades de ampliación del conocimiento arqueológico que ofrece la extrapolación al territorio del modo de vida urbano y la plena vigencia en este espacio de las fórmulas de autorrepresentación social características de las élites urbanas.

El capítulo 3 está ocupado por el catálogo epigráfico. Organizado en 10 apartados, se sigue en esencia el orden habitual en el *CIL*, por lo que se registrarán, en primer lugar -apartado I-, las pocas inscripciones votivas documentadas, y, a continuación -apartado II-, los altos magistrados y funcionarios de la colonia. Prácticamente todas son inscripciones elevadas en las residencias campestres de estos personajes, entre los cuales figuran ciertos miembros del estamento senatorial como *Q. Gargilius Q. f. Macer Aufidianus* y su mujer

*Conventus Tarraconensis, Fasciculus 2: Colonia Iulia Vrbs Triumphalis Tarraco* (Berlin 2011) que se ha publicado en el mes de mayo de este mismo año.

*Apronia L.f. Iusta, M. Fabius Priscus*, o un *ignotus* de posible origen tarraconense que fue cuestor de la Bética, tribuno de la plebe y *praetor designatus*. Con todo, quizá la más relevante en este sector más conspicuo de la sociedad sea la conocida dedicación recogida en el Arco de Bará por *L. Licinius L.f. Serg.Sura*, un antepasado de época augustea del cónsul trajano que tanto recuerdo dejó en la capital tarraconense. Llama la atención la ausencia en el *ager* de documentación epigráfica lapidaria relativa al estamento ecuestre, por lo que la representación de este sector privilegiado se expresa de modo indirecto, bien a través de los lazos familiares que unen a ciertos individuos con los *Numisii* que ocupan cargos en el flaminado provincial, bien mediante los sellos en ánforas y *dolia* relativos a *M. Clodius Martialis*, quizá antecesor de un importante personaje homónimo de este estamento que tenía intereses fundiarios en el *ager* y que fue homenajeado en la ciudad en su calidad de *flamen Augustorum, praefectus fabrum* y *praefectus insularum Balarium*. Por su parte, los magistrados y sacerdotes de la colonia están representados por L. Minicio Aproniano, a quien a su muerte le son dedicadas inscripciones en la ciudad, en un santuario y en la *uilla* familiar; L. Emilio Sempronio Clemente Silvaniano, honrado por un *amicus* de origen complutense con un homenaje en su predio; y *L. Aelius Polycletus*, un joven decurión que recibió un pedestal ecuestre de su madre, también en ámbito privado.

Dos sévires augustales han perpetuado su recuerdo en la epigrafía rural, Fulvio Museo y Lucretio Nicephoro, así como varios militares de la *legio VII*, procedentes de *Bracara, Cirta* y *Emerita*, y conmemorados en sus aras funerarias, éstos últimos reunidos en el apartado III del catálogo. Un amplio apartado -IV- recoge a continuación, agrupados por *nomina* y *cognomina*, al resto de la población, ofreciéndose un caleidoscopio de la realidad social de los sectores medios y bajos que habitaban en el *ager Tarraconensis*. Allí figuran, por ejemplo, libertos de la gens *Iunia* a su vez vinculados familiarmente con los *Ceionii*, y algún esclavo, como *Primus*, de los *Cornelii*; personajes oriundos de comunidades de la provincia como la *honestissima matrona* calagurritana *Sulpicia*, o *C. Valerius Auitus*, un *augustobrigensis* que fue *Iluir* en *Tarraco* y del que se ha conservado un *signaculum* de bronce y un *titulus pictus* sobre una *tabula ansata* donde se recuerda la construcción, dimensiones y capacidad de una cisterna en su lujosa *uilla* en Els Munts, de donde provienen también algunas inscripciones pintadas en griego. Cabe resaltar igualmente el epitafio de la joven Isidora, integrante de la comunidad hebrea tarraconense, o el de Temistocles, en el que se emplea el recurso mágico de la *theta nigrum* en la consignación del nombre del difunto. El apartado *Varia* recoge un conjunto de textos de tipo diverso, que abarca desde el *carmen* de la Torre de los Escipiones, inscripciones sobre mosaico en Centelles, la concesión de un permiso de uso de *aqua caduca* por parte de Adriano a un propietario de un *fundus* en aplicación de la *lex Hadriana de rudibus agris*, las marcas de las legiones grabadas en los bloques del puente de Martorell, y, en fin, una marca de propiedad sobre un *catillus* de molino harinero que muestra la importación de este tipo de dispositivos agrícolas provenientes de Italia.

Varios apartados vienen a completar el núcleo del catálogo. Encontramos en ellos un abigarrado conjunto de piezas de índole muy diversa, que abarcan desde los simples fragmentos agrupados bajo el epígrafe *frustula* en el apartado VI, hasta los miliarios, incluidos los anepígrafos -VII-, pasando por las inscripciones procedentes originariamente del núcleo urbano de *Tarraco* pero que fueron halladas en el territorio tras haber sido desplazadas tanto en tiempos antiguos como más recientemente -VIII-, o aquellas otras que fueron facturadas en época moderna -IX-. En fin, el apartado X recopila el conjunto de grafitos de propiedad, monogramas y otros grafitos menores que componen el conjunto del *instrumentum*.

Este último conjunto se encuentra adecuadamente complementado por un apartado final del catálogo, que ofrece de la mano de otro de los miembros del grupo PAT, Piero Berni Millet, el corpus del *instrumentum domesticum* cerámico de carácter industrial hallado en las prospecciones del sector occidental de territorio de Tarragona, combinando información publicada con otra aún inédita. La relación de los sellos sobre ánforas, *dolia*, *tegulae*, *imbrices* y ladrillos, realizada en 42 entradas, se completa con un tratamiento del marco geográfico, histórico y arqueológico de estos hallazgos, resaltando la importancia de la producción vinaria en el Camp de Tarragona y las posibilidades de imbricación de los datos arqueológicos con los procedentes de la epigrafía lapidaria.

Como corresponde a un catálogo epigráfico, las últimas páginas están dedicadas a los índices analíticos, onomástico, topográfico y de correspondencias con otros *corpora* -RIT, IRC-, y también, como igualmente se ha venido haciendo a lo largo del texto, la equivalencia con el nuevo fascículo de *CIL* II<sup>2</sup>, 14.

La obra está dotada de un aparato gráfico de gran calidad, especialmente en lo referido al uso del color, tanto en la reproducción de las piezas como en la cartografía; fotografías, dibujos y calcos permiten contrastar eficazmente la lectura y los comentarios, siempre atinados y certeros, que se ofrecen en cada una de las fichas. Este mismo cuidado se ha puesto en el conjunto de la obra, donde son muy escasos los errores formales: los duendes tipográficos solo han podido deslizarse uno, en pg. 165.

SALVADOR ORDÓÑEZ AGULLA

MIRELLA ROMERO RECIO, *Pompeya. Vida, muerte y resurrección de la ciudad sepultada por el Vesubio*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010, 455 pp.

Cualquiera podría sorprenderse al encontrar en las librerías y bibliotecas un nuevo volumen dedicado a la mítica Pompeya. Es posible pensar que poco, al margen de los resultados específicos de carácter científico fruto de actuales proyectos de excavaciones arqueológicas e investigaciones, puede aportarse ya sobre una ciudad tan estudiada y bien conocida; más aún cuando el libro en cuestión, como es el caso, se presenta bajo forma de trabajo de alta divulgación. Es cuando el lector se introduce en sus páginas e, incluso, ya desde el propio índice de contenidos, cuando repara en que la propuesta de M. Romero tiene nuevas cosas que contar o, al menos, de una manera algo diferente a lo acostumbrado. Uno de los primeros aspectos que llaman la atención es el tratamiento recibido por la ciudad como ser vivo, dinámico y orgánico, más allá de las más comunes visiones realizadas a partir del devenir de sus habitantes.

Para comenzar, Mirella Romero *da en el clavo* al decidir organizar una obra sobre Pompeya dividiendo el discurso en dos partes, igualmente relevantes: la ciudad antigua (*Pompeya en la Antigüedad*) y el conocimiento y la imagen que de ella se ha trazado a través de siglos de trabajos e investigaciones (*Pompeya para la posteridad*), desde aquellas primeras indagaciones de 1748. En este sentido, pocos investigadores se encuentran tan capacitados para realizar este analítico recorrido por la historia del descubrimiento, sus protagonistas y, lo que es más importante, en qué medida todo ello ha influido y condicionado profundamente lo que hoy sabemos y pensamos que fue la Pompeya antigua: en los últimos años ha desarrollado proyectos de investigación encaminados, precisamente, a indagar en la relevancia y consecuencias que, sobre la disciplina arqueológica y los estudios del mundo antiguo tuvieron en España los hallazgos realizados en las ciudades vesubianas (p. 12).

En otros trabajos sobre el mismo argumento, como pueda ser el clásico de R. Étienne<sup>1</sup>, se parte, por tanto, de la historia de las investigaciones -bastante sucinta en el caso del francés- para profundizar en adelante en los diferentes aspectos conocidos de la ciudad antigua. M. Romero opta por un orden inverso, en la medida en la que su análisis historiográfico supera, con mucho, un mero recorrido por los diferentes eruditos y arqueólogos que han dejado sus nombres unidos a los de la ciudad. Se hace preciso, no obstante, decir que, a nuestro juicio, la primera parte resulta algo previsible por mejor conocida a través de multitud de trabajos previos, mientras que es en la segunda donde reside el mayor interés y novedad de la propuesta. De hecho, la autora presenta en ella una doble recorrido en el sentido seguido por estas complejas influencias entre pasado y presente, en las que Pompeya ejerce, según los casos, de receptora y emisora: por un lado recoge las excavaciones realizadas desde el siglo XVIII hasta la actualidad, encargadas de desentrañar las claves del pasado de la urbe; por otro, analiza las influencias y ecos que este conocimiento ha ejercido sobre diferentes aspectos de la sociedad de las diferentes épocas, de una forma más o menos espontánea, especialmente en el ámbito estético e ideológico. De hecho, el capítulo quinto aborda, entre otros aspectos, la influencia que ejercieron, en la visión que de Pompeya plasmaron eruditos, viajeros y artistas a lo largo del siglo XIX, célebres novelas (cap. VI, pp. 331 ss.) ambientadas en Pompeya y recreadas con mayor o menor imaginación; la más decisiva fue, sin duda alguna, *Los últimos días de Pompeya* de E. G. Bulwer-Lytton, escrita entre 1832 y 1833. Igualmente, no resulta extraño y a la vez es enormemente sugerente el hecho de que la Pompeya antigua, en buena parte de estos relatos, fuera accesible a través de ejercicios de ensoñación, un mundo tan atractivo en la Europa de fines del siglo XIX (como el caso de T. Gautier, pp. 336-339 o la *Gradiva* de Jensen, pp. 344-347). Pero aún más novedoso resulta, si cabe, el hecho de que el panorama que la autora traza de estas influencias se amplíe al mundo del teatro, la ópera o el cine, llegando hasta nuestros días, ya sea en forma de superproducciones o documentales (p. 414 ss.).

El hecho de que Pompeya sea una ciudad con una tradición tan larga de estudios e investigaciones<sup>2</sup>, desde mediados del siglo XVIII, hace que el conocimiento que de su realidad y cotidianidad antigua tenemos deba mucho a la forma en que dicha aproximación ha sido dirigida y conducida, de acuerdo a los diferentes parámetros y sensibilidades de las diversas épocas. Muchas de las imágenes que hoy se poseen de las antiguas ciudades vesubianas, más recientemente contrastadas por escrupulosas y pormenorizadas excavaciones desarrolladas por equipos de todo el mundo, proceden, en buena medida, de la imagen romántica transmitida por viajeros y eruditos. Más aún, podría incluso afirmarse que muchos de los presupuestos tenidos por *genéricamente romanos* al respecto de numerosos aspectos de la vida cotidiana, pública y privada, han partido tradicionalmente de una extrapolación de lo identificado en Pompeya, convirtiéndose así en un modelo de ciudad exportable a todo el Imperio, sólo por el mero y accidental hecho de haber quedado fosilizada para siempre de manos de una caprichosa catástrofe natural. En esta línea dirá acertadamente M. Romero, referido especialmente a buena parte de la investigación clásica en la ciudad, que ha existido una “*tendencia a estudiar Pompeya como una ciudad suspendida en el tiempo, sin pasado y, evidentemente, sin futuro*” (p. 263).

<sup>1</sup> R. Étienne, *La vie quotidienne à Pompéi* (Paris 1966).

<sup>2</sup> P. Zanker, *Pompeji. Stadtbild und Wohngeschmack* (Mainz 1995); M. Beard, *Pompeya. Historia y leyenda de una ciudad romana* (Barcelona 2009); J. Berry, *Pompeya* (Madrid 2009); A. E. Cooley, *Pompeii* (London 2006); R. Laurence, *Roman Pompeii. Space and Society* (London-New York 2007), entre otros.

La mayor parte de los trabajos de conjunto sobre Pompeya insisten en cuestiones generales de urbanismo, arquitectura, funcionalidad, acabados decorativos y vida cotidiana, sin reparar o, al menos, sin llamar la atención del lector en que las propias políticas y decisiones tomadas en la forma de abordar la excavación y estudio del yacimiento, incluso en época reciente, han determinado y determinan profundamente la configuración y comprensión del lugar. Resulta de enorme interés, por ejemplo, que en el volumen se dediquen algunas páginas a las directrices patrimoniales desarrolladas en la ciudad en el último siglo (pp. 266-268), en tiempos de Spinazzola, Maiuri, De Franciscis o, incluso, Guzzo y Zevi, así como a las problemáticas recientes que también tienen mucho que decir sobre el actual aspecto de las ruinas, tales como el terremoto del año 1980, las *hordas* de turistas o la impotencia de las autoridades para detener el deterioro generalizado.

En cualquier caso, el trabajo de M. Romero, aunque se acompañe de una sugerente cubierta, más propia de trabajos de contenido más ligero, no se deja por el camino, con elevado rigor científico, ninguno de los numerosos aspectos que forman parte de la actual investigación sobre la ciudad: desde el debate sobre la existencia de diferentes movimientos sísmicos con anterioridad a la decisiva erupción del 79, hasta los devastadores efectos del terremoto del 62 y su evidencia arqueológica (p. 181 ss.), pasando por la importancia dada en los últimos tiempos a las fases primigenias de la ciudad (p. 21 ss.), sus orígenes samnitas documentados bajo el Foro Triangular o la *Casa delle Nozze di Ercole*, como han puesto de manifiesto recientes investigaciones de la Universidad de Roma. No olvida siquiera recoger los últimos hitos de la investigación española (p. 268), de manos de los programas financiados por el Ministerio de Cultura con el fin de desarrollar proyectos arqueológicos en el exterior de nuestro país.

A pesar del esmerado cuadernillo central con valiosas imágenes en color, en un libro como este, con tanta, tan atractiva y evocadora información, se echa de menos un más completo aparato gráfico. El lector se queda con ganas de contemplar la fotografía tomada en el anfiteatro en 1944 con representantes de las tropas aliadas (p. 264) o todos y cada uno de los lienzos a los que se pasa revista en el apartado dedicado a la ciudad como *musa del arte* (p. 380 ss.). En cualquier caso, se trata de una carencia que en ningún caso achacamos a la autora sino a las limitaciones editoriales que normalmente rigen en este tipo de trabajos. No obstante, a los devotos de la urbanística sí nos hubiera gustado encontrar -por útil- una serie de planos: al menos, uno de contextualización de la ciudad en el marco de la región vesubiana y del golfo de Nápoles, así como otro de la propia ciudad. Este último no solamente ayudaría a los lectores menos familiarizados con su urbanismo y organización interna en la localización de los numerosos espacios y edificios que se citan en el texto, sino que permitiría hacerse más fácilmente con la escala y organicidad de la ciudad.

En último término, es de agradecer, por tanto, que nuevos libros, más aún de carácter divulgativo y, por tanto, con capacidad para salir de los siempre limitados círculos estrictamente científicos, sigan apareciendo en el mercado para llamar nuestra atención sobre el valor de una ciudad que, según califican muchos especialistas<sup>3</sup>, sufre hoy y desde hace varios siglos su segunda muerte, de manos, esta vez, de la propia acción humana<sup>4</sup>. Aunque la

<sup>3</sup> H. de Saint-Blanquat, "La segunda muerte de Pompeya", *Ciencia y futuro* 469 (1986); G. Longobardi, *Pompei sostenibile* (Roma 2002).

<sup>4</sup> Sirvan de ejemplo los efectos devastadores que las lluvias provocaron en otoño de 2010 en algunos edificios, como la *domus dei gladiatorum* ([www.lastampa.it/redazione/cmsSezioni/cronache/201011articoli/60215girata.asp](http://www.lastampa.it/redazione/cmsSezioni/cronache/201011articoli/60215girata.asp) Cons. 12.04.2011).

propia autora concluye “seguro que Pompeya seguirá dando para mucho más” (p. 430), no es menos cierto que, con este libro Mirella Romero realiza un ejercicio de responsabilidad científica que debería ser practicado con mayor frecuencia desde los círculos académicos, a veces reticentes a dotar a sus argumentos de la necesaria naturalidad y fluidez discursiva que los haga asequibles a un público más amplio. Y, para ello, como bien se deja constancia en este libro, no hay por qué sacrificar el rigor.

OLIVA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ

RUTH PLIEGO VÁZQUEZ, *La moneda visigoda. I. Historia monetaria del Reino visigodo de Toledo (c. 569-711); II. Corpus*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2009 [2010].

En los últimos años debemos saludar la aparición de varias publicaciones dedicadas a la numismática hispana tardoantigua y medieval, entre las que deben destacarse aquellas dedicadas a la moneda visigoda. Algunos de estos trabajos se han centrado en la publicación de destacados monetarios como son los del Museo Casa de la Moneda (FNMT), el del Instituto Valencia de Don Juan y, sobre todo, el custodiado en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia<sup>1</sup>. A tan interesantes contribuciones hay que añadir también la reciente publicación de un *Corpus* de moneda visigoda<sup>2</sup>.

Estas publicaciones y la que en estas líneas comentamos sin duda enriquecen un apartado tan atractivo como difícil en la investigación numismática española, el de la moneda visigoda, cuyo interés y trascendencia histórica es bien conocida de antiguo. El estudio de Ruth Pliego Vázquez supone, como con todo merecimiento apunta el Dr. Blackburn, profesor de la Universidad de Cambridge, en la presentación de la obra, un notabilísimo avance en el conocimiento de estas singulares amonedaciones. No es únicamente una cuestión de cantidad de monedas identificadas y catalogadas -7.461 sobre las 3.500 documentadas por Miles- o ilustradas -nada menos que 2.467-, sino de enfoque y método. Ciertamente el corazón del trabajo es su catálogo, un corpus meticulosamente elaborado y muy bien presentado e ilustrado a lo largo de casi seiscientos páginas. Este se inicia con una relación de las colecciones antiguas y modernas utilizadas, donde destacan, además de la obligada hoy pero laboriosa compilación de todo lo publicado en catálogos de subastas antiguos y más recientes, la publicación de las grandes colecciones de moneda visigoda como la de la *Hispanic Society of America*, por citar solo la más numerosa, o las del Museo Arqueológico Nacional, y el Bode Museum de Berlín -estas últimas publicadas por primera vez al completo-, así como de numerosas colecciones españolas y portuguesas poco conocidas.

Pero un aspecto muy destacado de esta obra queda de manifiesto en el estudio numismático que antecede, en un volumen aparte, al mencionado corpus monetario. Con algo más de trescientas páginas, este primer volumen, con numeración aparte, es evidente que no consiste en un breve capítulo a modo de introducción al catálogo -pues este cometido es cumplido con creces en la síntesis de historia monetaria visigoda que antecede al catálogo

<sup>1</sup> A. Canto García, F. Martín Escudero, J. Vico Monteoliva, *Monedas visigodas: Catálogo del Gabinete de Antigüedades* (Madrid 2002).

<sup>2</sup> J. Vico, M<sup>a</sup> C. Cores, G. Cores, *Corpus Nummorum Visigothorum. Ca.575-714. Leovigildus-Achila* (Madrid 2006).

(p. 25-50)-, sino de un estudio en toda regla donde se entremezcla un meritorio esfuerzo de síntesis con interesantes aportaciones derivadas, tanto de la observación detenida de muchas monedas como también del análisis cuantitativo de un buen número de ejemplares. En buena medida este planteamiento deriva, como comenta la autora (p. 49), de su tesis de doctorado dirigida por los profesores Chaves Tristán y García Moreno. Lógicamente son muchos los cambios que ha tenido este trabajo hasta su definitiva publicación, pero por fortuna sin perder el espíritu que caracteriza a obras de este tipo.

Así, la *Historia monetaria del Reino visigodo de Toledo* que se nos presenta en el primer volumen es clara heredera de una larga trayectoria investigadora en la numismática hispana en general y en la visigoda en particular, en la que siempre se ha puesto énfasis en la consideración de la moneda como documento histórico y arqueológico de primer orden. Desde este punto de vista, el *corpus*, a pesar de su valor indiscutible para la identificación y catalogación del numerario visigodo, se convierte también en el soporte de los estudios tipológicos, paleográficos, metrológicos o de circulación monetaria que se desarrollan en la obra que comentamos.

En realidad, es este el enfoque que cuenta con más tradición en la numismática española centrada, al menos desde la segunda mitad del siglo XVIII, en la ‘catalogación y estudio’ de las grandes series monetarias españolas. Ello queda patente en el primer capítulo de este volumen, dedicado a la historia de la investigación sobre la moneda visigoda (p. 53-64), desde Antonio Agustín hasta la obra de Miles, pero que a su vez enlaza también con uno de los apartados más destacados y poco gratos relativos a este numerario como son las falsificaciones modernas (p. 261-278)<sup>3</sup>. A partir de aquí el estudio se adapta muy bien a las peculiaridades de la moneda visigoda, y al mismo tiempo a los temas a los que la autora entiende que se le puede sacar un mayor provecho. Así, el apartado segundo se dedica a la fase inicial de la amonedación visigoda que culmina con la etapa de Leovigildo<sup>4</sup> y su enfrentamiento con Hermenegildo (p. 65-95), pero el tercero adopta una distribución geográfica en clara correspondencia con la ordenación territorial del reino, mostrado desde una perspectiva histórica y numismática muy crítica, por ejemplo, con el perfil de las monedas con procedencia conocida (p. 97-153). Algunas de estas observaciones enlazan directamente con los restantes apartados de este primer volumen, en especial con aquellos dedicados al análisis de los tesoros y el volumen de emisión.

Le siguen como apartados de obligada inclusión en este tipo de estudios los dedicados a los tipos (p. 155-173), epigrafía (p. 175-186), pesos y composición metálica (p. 199-213), donde se combinan como es habitual en la moderna investigación numismática análisis tradicionales con otros más novedosos favorecidos por el mejor acceso a nuevas tecnologías y técnicas de análisis. Este es el caso, por ejemplo, de la epigrafía monetaria visigoda, cuyo interesante análisis toponímico, paleográfico, etc., es tributario de las aportaciones del profesor Correa, o de sus pesos y metalografía, donde destacan los comentarios dedicados a la reforma monetaria de Leovigildo y al mantenimiento del peso teórico para el *tremis* de 1,51 g. hasta los reinados de Recaredo II y Suintila. Esta última observación está basada en el cómputo de un buen número de ejemplares y seguramente se podría apreciar

<sup>3</sup> M. Campo (ed.), *Falsificació i manipulació de la moneda. XIV Curs d'Història monetària d'Hispania* (Barcelona 2010).

<sup>4</sup> L. A. García Moreno, *Leovigildo. Unidad y diversidad de un reinado*, *Real Academia de la Historia* (Madrid 2008) 17-174.

aún mejor combinando las tablas con los pesos medios e intervalos de confianza con los gráficos de caja y bigote o *box-plot*, muy útiles como presentación visual de varios conjuntos metrológicos<sup>5</sup>.

En cuanto a su composición metálica, hábilmente enlazada en algunos casos a la tipología, como sucede por ejemplo en las amonedaciones de Witiza, debemos destacar la comparación crítica que lleva a cabo la autora de las diferentes técnicas de análisis utilizadas, que resume en la tabla n. 19. Tanto el fino y peso de estas monedas como otros aspectos formales de las mismas, parten de la autoridad real pero su materialización depende de la aptitud de operarios y artesanos, o, lo que es lo mismo, del trabajo de los talleres monetarios. Se trata de un tema en el que, como pocos, la moneda visigoda imprime un perfil muy particular a lo que podríamos calificar como los fundamentos de la tecnología monetaria antigua (187-198). Se apuntan aquí temas relevantes como el aprovisionamiento del oro y el debate acerca de la continuidad o no de antiguas explotaciones auríferas o del papel de la refundición de moneda antigua, pero también otros como “el lugar de las cecas en la Hispania visigoda” (p. 191-193), donde se analiza la figura del grabador u orfebre, tomando como pretexto la conocida biografía de San Eloy, además de la existencia de cecas estables y las móviles, responsables de la acuñación de moneda en el transcurso de las campañas militares. Destacan aquí, además de las cecas del noroeste, aquellas de la *Carthaginensis* y la *Baetica* por su relación con la presión de Leovigildo sobre los territorios de la *Spania* bizantina.

En este mismo contexto deben abordarse los *nummi* tardoantiguos conocidos en la bibliografía como ‘bronces visigodos’ (p. 188-190). Planteada sólo la problemática de este interesante numerario, de forma muy prudente la autora considera probable el carácter visigodo de una parte al menos de estos bronce, aduciendo los atribuidos a *Ispalis* con leyenda *SPL* y aquel otro con *ERM* que aludiría a Hermenegildo. Por nuestra parte, admitiendo la dificultad de dar una visión coherente de tan variopintas monedas, compartimos el escepticismo de T. Marot, insistiendo como en su día hizo esta autora en los puntos fuertes que sin duda deben seguir valorándose, como la distribución geográfica y concreción cronológica que aportan hallazgos con estratigrafía arqueológica que, en todo caso, parecen apuntar a que el grueso de estas amonedaciones tuvieron su apogeo en los años centrales del siglo VI. Los hallazgos de *Malaca* son en este sentido de especial relevancia<sup>6</sup>.

Este interesante apartado finaliza con un ensayo de estudios de cuños aplicado a la ceca de *Ispali* bajo el reinado de Sisebuto (p. 196-198), muy útil para la ordenación interna de las emisiones y para comprobar el funcionamiento de la ceca. La autora se muestra sin embargo muy crítica a la hora de aplicar las estimaciones apuntadas tradicionalmente entre el número de cuños identificado -en este caso 62 de anverso por 97 de reverso- y la cantidad de metal acuñado en función del hipotético aprovechamiento de los cuños. Así los 1.350 kilos de oro resultantes de una estimación por otro lado muy conservadora como es la propuesta por Bartlet, serían poco realistas si los comparamos con las referencias literarias que se conocen sobre el uso del oro, amonedado o no, por parte de la monarquía visigoda. En este sentido debe destacarse aquí el apartado dedicado a la función de la moneda visigoda,

<sup>5</sup> W.W. Esty, “Percentile Plots and other Methods of Graphing Coin Weights”, *Numismatic Chronicle* (1990) 135-147.

<sup>6</sup> B. Mora Serrano, “The Circulation of Bronze Currency in Málaga during the Sixth Century AD: new findings”, *Numismatic Chronicle* (2009) 424-430.

o lo que es lo mismo la problemática del oro amonedado en *Hispania*, tanto desde una perspectiva fiscal como comercial; dos interpretaciones encontradas (p. 215-230). Asumiendo el papel jugado en un primer momento por el sistema fiscal tardorromano, heredado por los visigodos, la autora asume los planteamientos del profesor García Moreno que defienden el paulatino abandono del antiguo sistema burocrático bajoimperial a favor de un nuevo sistema fiscal de carácter protofeudal. Por otro lado, también se aborda el tema del papel desempeñado por la moneda bajoimperial, cuya circulación demuestran los hallazgos monetarios, tanto aislados como formando parte de atesoramientos. Ciertamente parece incuestionable que en el levante y el sur hispanos los usos monetarios se mantienen gracias, entre otras cuestiones, a la presencia y características de los asentamientos bizantinos, pero sin olvidar tampoco la gran concentración de *fortissimae ciuitates* en estos territorios, por lo que se impone un estudio regional sobre el sistema monetario visigodo y su posible adaptación a escenarios bien diferentes<sup>7</sup>.

El penúltimo apartado de este primer volumen que venimos comentando se dedica al estudio de una de las principales fuentes de estudio de la moneda visigoda como son los atesoramientos (p. 231-259). Partiendo de las estimables contribuciones de Miles y Barral i Altè, se lleva a cabo un pormenorizado catálogo de todos los ocultamientos conocidos a partir de Leovigildo, ya se trate de tesoros propiamente dichos como el de La Grassa (Tarragona) o el de La Capilla (Carmona), que superan el medio millar de ejemplares, o de modestos ocultamientos que como el del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) sólo cuenta con cuatro ejemplares. Este último resulta tan sencillo como interesante, al contar con la información que se desprende de su control arqueológico, en este caso además en contexto de excavación de tan importante asentamiento tardoantiguo y altomedieval. Por desgracia este tipo de información sigue siendo una asignatura pendiente en este y otros capítulos de nuestra historia monetaria, pues si contamos con algunos hallazgos como el tesoro recuperado en las excavaciones de Mérida, en 2003 (p. 231-232), en otros casos nos topamos con la desagradable noticia de la localización y dispersión del tesoro de Fuentes de Andalucía (Sevilla) en la década de los años ochenta del siglo pasado (p. 255-257), que pudo estar integrado nada menos que por cuatro mil monedas, pero de las que sólo se han llegado a identificar cuarenta y tres. De la información que se ha perdido en este y otros casos da buena cuenta el interesante estudio que la autora lleva a cabo de un hallazgo antiguo, el ya citado tesoro carmonense de La Capilla, en el que fundamenta, por ejemplo, la existencia de una masiva política de refundiciones de moneda, bien por motivaciones políticas o simplemente por intereses o necesidades financieras (p. 259).

Unos pertinentes índices y la correspondiente bibliografía cierran este volumen y nosotros también nuestros comentarios sobre una obra indispensable para el estudio y catalogación de la moneda visigoda.

BARTOLOMÉ MORA SERRANO

<sup>7</sup> F. López Sánchez, "La moneda del reino visigodo en Toledo: ¿Por qué? ¿Para quién?", *Mainake* 31 (2009) 175-186.

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ; EUGENIO PADORNO (eds.), *La Palabra y la Música*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2010, 342 pp.

Esta obra presenta una serie de artículos de contenido heterogéneo, que en principio tienen en común la relación de la palabra con la música, aunque algunos de ellos se dedican específicamente a la palabra, sin una conexión clara con el mundo musical. Marcos Martínez Hernández analiza la relación entre música y palabra en la mitología griega, recogiendo un catálogo de músicos griegos en el mito y en la historia; Mónica Martínez Sariago se ocupa de la relación entre la música vocal y su acompañamiento instrumental, centrándose sobre todo en algunos ejemplos de los *Lieder* de *La Bella Molinera* de Schubert; Eugenio Padorno Navarro evoca la figura del escritor canario Alonso Quesada analizando en su obra la influencia de Baudelaire; Antonio María Martín Rodríguez trata de la vigencia de los tópicos de la poesía grecolatina en la canción moderna, presentando algunos curiosos paralelismos; Jorge Rodríguez Padrón se ocupa de la especificidad del lenguaje literario, estableciendo una serie de comparaciones entre la literatura castellana y la anglosajona; José Yeray Rodríguez Quintana recorre la originalidad de la música americana y la manera en que ésta se ha apropiado de los instrumentos, formas poéticas y estructuras musicales que llegaron hasta allí desde Europa; Germán Santana Henríquez hace un recorrido por las obras de Sófocles que han sido reelaboradas por los compositores modernos y contemporáneos; Marcial Morera Pérez analiza el significado de la palabra “magua”, para realizar a continuación un recorrido histórico por la conquista de Canarias y reflexionar sobre la incompreensión que el mundo canario padece; Ramón Trujillo Carreño incide en la relación música-palabra en sentido amplio, con frecuentes citas de las reflexiones que escribiera Kierkegaard sobre el *Don Juan* de Mozart.

Esta heterogeneidad afecta también al nivel y contenido de los diferentes artículos. Llama la atención cómo conviven en este libro escritos que pretenden acercarse al gran público, junto a partes llenas de palabras en alemán sin traducir o incluso un título escrito en cirílico. Esta diversidad de contenidos hace difícil un análisis conjunto, de modo que sólo nos detendremos en algunos detalles. La relación entre música y palabra surge obviamente desde que aparece el canto. Ya defendió Rousseau, que al fin y al cabo era compositor, que el canto habría sido la primera forma de comunicación entre los hombres. Que la música trate de expresar situaciones extramusicales tampoco es algo moderno, pues ya en la antigua Grecia el llamado “nomo pítico” trataba de narrar con los sonidos del aulos la lucha de Apolo contra el dragón. La invención de esta forma se atribuye a Sacadas de Argos, que la habría establecido en los juegos píticos del 586 a.C. Pero es sobre todo a partir del Renacimiento cuando los compositores se afanarán particularmente en apoyar el sentido de las palabras cantadas con procedimientos de todo tipo, que van desde relaciones muy simples, como hacer ascender la melodía para aludir a la Ascensión de Jesús o utilizar notas rápidas para cantar la palabra “correr”, hasta intentar dibujar las columnas y arcos de un edificio con las notas escritas. Estos procedimientos reciben el nombre genérico de “madrigalismo”, por su afinidad con la estética de esta forma musical renacentista, y han pervivido en la tradición occidental de múltiples maneras. Pensemos que Bach ponía su apellido en algunas obras utilizando la equivalencia de las letras que lo componen en el sistema alfabético: si bemol-la-do-si natural. Podríamos presentar miles de ejemplos, aunque siempre teniendo en cuenta que cada época interpreta musicalmente la realidad según su propia manera, pues no es lo mismo la tormenta del *Verano* de Vivaldi, la de la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven, la de *Guillermo Tell* de Rossini o la de la *Sinfonía Alpina* de Strauss. Caso aparte sería la llamada “Música Concreta”, que no se menciona en el libro. Ésta fue desarrollada por al-

gunos autores en el pasado siglo, tomando con un micrófono los sonidos directamente de la realidad (de ahí su nombre).

Que el diseño de un acompañamiento instrumental trate de reforzar el significado de las palabras es por tanto algo antiguo, y no un invento de los románticos, como lo es también la asociación que establecemos entre el modo mayor y el menor con las ideas de luz-sombra, alegría-tristeza, que se extiende prácticamente desde que al llegar el Barroco se consolida la tonalidad bimodal y alcanza hasta nuestros días. En cierta manera, este vínculo entre la organización interna de los sonidos sobre los que se construye una obra y la sensación que éstos nos producen representa una plasmación de lo que Salazar llamó “valor patético del semitono”, que hacía a los antiguos griegos repudiar unos modos y recomendar otros, dando un significado moral a la música construida a partir de ellos. Por lo tanto, la elección intencionada de una tonalidad u otra por parte del compositor, así como de las modulaciones que se establecen en una obra musical son algo muy anterior al Romanticismo y existen estudios específicos sobre ello, como el de G. Graham, *Tonality and Musical Structure* (London 1970). Además, los tratados de Composición suelen analizar obras significativas de diversos autores reflejando las distintas tonalidades empleadas, como vemos por ejemplo en el *Cours de composition musicale*, de V. D’Indy (Paris 1903-1950).

La denominada “Música Programática” fue en cambio un invento del Romanticismo. Es cierto que habían existido obras instrumentales con un guión literario, como por ejemplo *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi, o *Las Siete Últimas Palabras de Nuestro Redentor en la Cruz* de Haydn, pero de ahí no podríamos concluir, como algunos hacen, que Vivaldi fuera un prerromántico. La Música Programática establece una relación directa entre el compositor y el oyente. Como dijo Sopeña, no se trata tan sólo de expresar alegría o tristeza, sino de explicar quién está triste y por qué. El músico ya no se limita a describir la Naturaleza: no se pretende contar lo que se ve, sino expresar lo que se siente. No sería por tanto una estética de imitación de la realidad, sino de confesión por parte del compositor. Que la música programática es arbitraria y limitada resulta obvio, pues por ejemplo cuando Berlioz describe los “Episodios de la vida de un artista” en su *Sinfonía Fantástica*, nos refiere en efecto su propia experiencia con Harriet Smithson, que inspiró la obra, pero para nada se la cita expresamente, y son por tanto los analistas y biógrafos los que tienen que explicar el trasfondo de la situación que se trata de describir.

Cualquier aproximación a la música grecolatina es inevitablemente limitada. A pesar de los esfuerzos realizados por la paleografía musical, no podemos saber exactamente cómo sonaban las composiciones antiguas, por lo que siempre nos movemos bien en el campo teórico o bien en el de la tradición clásica en la música occidental. Igual pasa con los estudios sobre ópera y Mundo Antiguo, que finalmente son trabajos más de crítica literaria y de pervivencia del pasado clásico que de música, pues en ellos la referencia a la Antigüedad sólo puede alcanzar hasta el análisis de la presencia de mitos y pasajes históricos reflejados en los libretos.

Que los mitos antiguos perviven en la música moderna refleja evidentemente que los clásicos grecolatinos se ocuparon de la mayor parte de los fundamentos del alma humana y les supieron dar una forma. Los problemas psicoanalíticos de los protagonistas de *La Guerra de las Galaxias* nos suenan tremendamente familiares. En su recorrido por los autores que han tratado este tema, G. Santana olvida la parodia del mito de Edipo (“cantar bastante de gesta”) que escribieron Les Luthiers.

Se afirma que las relaciones sonoras Pitagóricas estarían en consonancia con la Naturaleza (p.250). La base para ello sería la sencillez de los números que expresan el intervalo de quinta justa que se establece al percudir  $2/3$  de la longitud de una cuerda. Sin embargo, de ahí no se puede deducir que la música occidental tradicional, cuyo sistema tonal se basa en ese intervalo, sea más afín a la Naturaleza que otras. El concepto de eufonía tiene muy diversas facetas, y prueba de ello es que rechazamos unas músicas que a otros pueden deleitar. A menudo pienso que si escucháramos la música griega, que podía incluir modos armónicos e intervalos de cuarto de tono, sentiríamos la misma perplejidad que si viéramos el Partenón con todos sus colores. En efecto, la quinta es un intervalo justo, y la simplicidad de los números que la reflejan es aparentemente un indicio de que la Naturaleza “quiere” que los sonidos se organicen en torno al mismo. Pero la realidad desmiente tal concepto: el uso de la quinta como intervalo armónico presenta muchos problemas. La Armonía clásica prohíbe el uso de dos quintas sucesivas entre dos mismas voces, porque provocan una sonoridad dura y hueca. Por el contrario, los intervalos de tercera y sexta, reconocidos como agradables, son representados numéricamente por unas cifras mucho más complejas. La idea de que la música occidental se construye conforme a la Naturaleza es propia del siglo XVIII, y queda reflejada en la obra de Rameau: *Traité de l'Armonie réduite à ses principes naturels* (1722), que trata de justificar racionalmente el sistema de organización sonora imperante en su época. Pero es sabido que las relaciones sonoras generadas a partir de la tonalidad bimodal no concuerdan totalmente con la secuencia de los armónicos de un sonido. Así, el séptimo armónico no se correspondería con nuestro intervalo de séptima, al igual que los Ilustrados encontraban dificultades a la hora de justificar los intervalos de la escala menor. Sin embargo, dar una base pitagórica a todo representaba conceder un respaldo prestigioso al sistema que se pretendía explicar.

El libro tiene algunos problemas terminológicos, como, entre otros, el llamar “música” a la mujer músico (p.21), la errónea definición de lo que es un *Leit-motiv* (p.251), considerar que “la melodía continua” sería un recurso “esencial y definitivo” (pp.251-252), escribir “a la limón” (p. 262) por “al alimón”, una errónea definición de música y compás (p.305), etc. Hay también frases ambiguas y que pueden ser consideradas equivocadas, como “la tonalidad dominante es la mayor” (p.81).

Son muchas más las reflexiones que suscita este libro, que sin duda aporta elementos de interés. Mientras que hace treinta años en una librería española no especializada el número de obras sobre música no alcanzaba a llenar ni la mitad de una pequeña balda, y los escasísimos establecimientos especializados no iban mucho más allá, actualmente son muchos los títulos y colecciones que tratan de este arte y son accesibles al gran público. Esta obra contribuye a mejorar y aportar perspectivas a la pobre cultura musical española, y por tanto es algo que debemos acoger positivamente.

LUIS BALLESTEROS PASTOR